

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmadista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 6

Marzo de 2015

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF; 1'5£ /
América del Norte: US \$ 2 / América
Latina: US \$ 1'5

Sobre el periodo actual y las tareas de los revolucionarios

Para comprender la situación histórica actual y las tareas de los revolucionarios que se derivan de éste no se puede valorar únicamente ni los últimos diez ni los últimos treinta años. La mirada de los revolucionarios debe llegar mucho más lejos, porque para sacar las enseñanzas necesarias de las vicisitudes históricas afrontadas por los partidos revolucionarios y de sus mismas crisis, hace falta tomar en consideración un periodo bastante largo en un cuadro que no es nacional ni continental, sino mundial. Naturalmente aquí nos limitaremos a dar un cuadro muy esquemático, que consideramos pese a todo útil para atraer la atención sobre los elementos más importantes.

El siglo XX, desde el punto de vista proletario y comunista, ha estado caracterizado por la onda revolucionaria suscitada por la Primera Guerra Mundial de la cual las clases burguesas celebran actualmente el centenario. La victoria de la revolución proletaria en Rusia fue el elemento principal, pero no fue una victoria completamente aislada – como lo fue la Comuna de París en 1871. Porque el periodo que va del inicio del siglo hasta 1926, y sobre todo desde el fin de la Primera Guerra Mundial, vio a los proletarios en Alemania, en Italia, en Hungría y, en general, en Europa Central, marchar a la lucha sobre el terreno

revolucionario con la perspectiva de conquistar el poder político e instaurar la dictadura de clase como en Rusia. Tales luchas no tuvieron éxito, pero de sus mismas derrotas los revolucionarios marxistas han sacado enseñanzas preciosas para las luchas sucesivas. Sobre el plano político, en el mismo periodo, tuvo lugar la formación de los partidos comunistas, provenientes de escisiones más o menos definitivas de los viejos partidos de la IIª Internacional que se habían comprometido totalmente, votando los créditos de guerra, con las burguesías nacionales lanzadas a la preparación y al desarrollo de la guerra

imperialista. Sobre la onda de las batallas de clase de las corrientes de izquierda de los partidos socialistas reformistas, de la victoria bolchevique y de la formación de los nuevos partidos comunistas, en ruptura con el reformismo y el socialchovinismo de la IIª Internacional, nace la IIIª Internacional, comúnmente llamada Internacional Comunista. El movimiento proletario revolucionario, en el congreso de la IC de 1920, alcanza su cuota más elevada, aún hoy una referencia histórica indispensable para la futura reanudación del movimiento comunista.

(sigue en pág. 2)

A 80 años de la insurrección proletaria de 1934

El pasado mes de octubre de 2014 se cumplieron 80 años de la llamada insurrección de Asturias, en la que la clase trabajadora de la región, siguiendo la consigna insurreccional lanzada para todo el territorio nacional por el Partido Socialista, la Unión General de Trabajadores, parte de la Confederación Nacional del Trabajo y, a última hora, el Partido Comunista de España, se levantó en armas contra el

gobierno burgués de la IIª República. Abandonados por sus líderes, traicionados por sus supuestos aliados y, en fin, arrojados a los pies de los caballos de la contrarrevolución caníbal y exquisitamente democrática que capitaneó el militar y destacado masón López Ochoa, los proletarios de Asturias pagaron con su vida su arrojo revolucionario.

(sigue en pág. 10)

EN ESTE NÚMERO

- Ébola en España.
- ¡ Abajo la guerra imperialista en Irak y Siria !
- ¡ Abajo la Union Sacrée ! ¡ Abajo la República burguesa ! ¡ No a las guerras de religiones, no a la democracia imperialista, Sí a la guerra anticapitalista !
- Ferguson, USA: Un episodio de la guerra entre las clases.
- Muerte policial en Sivens.
- Orientaciones prácticas de acción sindical (II).
- Diccionario mínimo.

Sobre el periodo actual

(viene de la pág. 1)

La derrota de aquella onda revolucionaria, debida en parte a la acción reformista de los partidos socialistas, en parte a la reanudación del capitalismo internacional, se traduce en la degeneración del poder proletario en Rusia, en la victoria del fascismo en Italia y en el abandono progresivo de las posiciones correctamente marxistas por parte de la Internacional Comunista. Además de la represión en Rusia de los militantes comunistas que permanecieron fieles a las posiciones comunistas, a nivel internacional este abandono fue sancionado en 1926 por dos tremendas derrotas de las cuales la Internacional ya estalinizada tuvo la total responsabilidad: la derrota de la huelga general en Gran Bretaña y la aniquilación de la revolución china. En 1926 la contrarrevolución burguesa, a través del estalinismo, triunfa en todo el mundo; los comunistas revolucionarios son perseguidos o eliminados no sólo por las fuerzas de represión declaradamente burguesas, sino también por el estalinismo, en Rusia y fuera de ella, hasta alcanzar a Trotsky en México. Los partidos comunistas nacidos en la primera post guerra de las escisiones del reformismo, sufrieron el mismo proceso degenerativo de la Internacional transformándose en puntales del orden burgués constituido, abrazando la democracia burguesa como su propia guía. La teoría marxista, guía indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado, manejada con maestría inigualada por Lenin, después de una serie de ataques a las definiciones de las líneas tácticas y de los criterios organizativos, y después de una serie de cesiones en las líneas políticas sancionadas por la Internacional Comunista en 1920, sufrió el hundimiento virulento más desastroso con la teoría estaliniana del «socialismo en un solo país», con su inevitable elenco de falsificaciones sobre todos los planos, en los principios, en los programas, en las líneas políticas y tácticas como en las relaciones con los otros partidos y sindicatos y, obviamente, en los criterios organizativos.

Cuando al inicio de los años treinta explota la crisis económica general del capitalismo, el proletariado de todos los países avanzados se encontró nuevamente desarmado: desde el punto de vista ideológico, político y organizativo. Obedeciendo las líneas directivas contrarrevolucionarias del estalinismo, los partidos comunistas se

identificaron con la defensa del orden burgués: su política deviene de reformista en abierta colaboración de clase. Los grandes movimientos de lucha que estallaron como consecuencia de la crisis general capitalista (en 1936 en Francia y en España, grandes luchas obreras en los Estados Unidos) no encontraron respuesta política de clase, mientras en Alemania la política del estalinismo condujo al proletariado a la completa parálisis frente a la victoria del nazismo. Los partidos que pretendían representar los intereses obreros empujaron a los proletarios, seguidamente, como en 1914, a adherirse a la segunda guerra imperialista, en defensa de los intereses burgueses nacionales tanto en los ejércitos regulares como en las formaciones partisanas, una guerra aún más terrible que la primera.

Treinta años de expansión capitalista continua

A diferencia de la primera postguerra, no hubo en la segunda –y, en las condiciones en que se había dejado al proletariado no podía haberla– una oleada revolucionaria proletaria. Esto se explica, a grandes líneas, no sólo con el hecho de que los vencedores (USA y URSS), haciendo uso de la experiencia histórica precedente y sabiendo del riesgo que podían correr, decidieron la ocupación militar de los países vencidos; y no sólo con el hecho de que todos los partidos comunistas revolucionarios habían sufrido la completa degeneración estaliniana, sino con el hecho de que no hubo, antes o durante de la guerra, reacciones proletarias de clase significativas que hubieran podido servir de ejemplo y de referencia para los trabajadores de los otros países, como había sucedido con el movimiento proletario ruso y la revolución en Rusia en 1917. El difícil periodo de la inmediata postguerra para el capitalismo ha podido, de esta manera, ser gestionado con más tranquilidad por cada burguesía nacional, tanto por la contribución dada por la acción de los partidos estalinistas y socialdemócratas, utilizadores de un lenguaje aparentemente socialista pero, en realidad, integrados en cualquier país en los gobiernos de unión nacional para la «reconstrucción», como por la acción «reformadora» que los gobiernos burgueses adoptaron, heredada del fascismo, para acallar las necesidades más apremiantes de las masas proletarias: todo esto, desde los grandes

países europeos, de Alemania a Francia, de Gran Bretaña a Italia, como al Japón o los países del Este europeo, bajo la ocupación militar soviética.

Es importante subrayar como la potente recuperación económica de la segunda postguerra permitió a las burguesías imperialistas beneficiar a los propios proletarios de toda una serie de medidas económicas –los famosos amortiguadores sociales– que mejoraron sus condiciones de existencia, lo que impidió, a un proletariado ya derrotado sobre el terreno revolucionario y en ausencia de organizaciones de defensa económica clasista y de la guía política de un partido de clase, reanudar la lucha de clase revolucionaria, facilitando así la obra de influencia y regimentación de los proletarios en la colaboración de clase. En los treinta años de expansión económica que siguieron al fin de la segunda guerra imperialista, no faltaron en los grandes países capitalistas las luchas obreras, incluso algunas muy duras; pero los aparatos reformistas y colaboracionistas, muy atentos a eliminar y aislar a los raros militantes revolucionarios presentes en las fábricas, lograron impedir que su acción, en tanto limitada y parcial, pudiese ganar prosélitos en las filas proletarias y devenir mínimamente peligrosa para el orden burgués.

A nivel internacional, estos decenios constituyeron un periodo tumultuoso de luchas nacionales en los países coloniales, asumiendo en ocasiones la forma de verdaderas revoluciones burguesas, en ocasiones la forma de acuerdos más o menos negociados con las potencias imperialistas, que buscaban poner fin al viejo sistema de dominio colonial. Estos movimientos, cuyo objetivo no superó nunca el horizonte burgués de la independencia nacional y de la construcción de un nuevo Estado burgués, dieron lugar a la transformación, más o menos profunda, de las estructuras socio-económicas vigentes en aquellas regiones y, como consecuencia, a un progreso, variable según los países, del modo de producción capitalista y la formación de la clase obrera. Un progreso que no impidió que estallasen una serie de enfrentamientos entre las varias potencias imperialistas, en primer lugar entre los EE.UU. y la URSS, junto con su acuerdo de gestión conjunta del orden imperialista mundial, en algunas zonas del mundo más sensibles para los intereses imperialistas como el Medio Oriente, el Extremo Oriente y África.

El joven y poco numeroso proletariado autóctono había participado en todas estas luchas; pero en ausencia de una fuerza proletaria clasista en las metrópolis que hubiese podido guiarlo sobre

posiciones revolucionarias, este joven proletariado no pudo sino seguir las orientaciones burguesas dominantes en esos movimientos; el proletariado fue movilizad y utilizado por las organizaciones nacionalistas que dirigían las luchas, organizaciones tanto más anti proletarias cuanto más socialistas se proclamaban. Los nuevos estados independientes utilizaron la demagogia pseudo socialista a manos llenas para cimentar la unión nacional, pero no eran otra cosa que Estados integralmente burgueses, consagrados al desarrollo del capitalismo nacional: China, Vietnam o Cuba no son excepciones a la regla.

La colaboración de clase en la lucha de emancipación nacional y la ausencia de un apoyo clasista por parte del proletariado de la metrópolis, prisionero del socialimperialismo de marca estalinista o socialdemocrática, es un hecho histórico que inevitablemente ha pesado, pesa y pesará negativamente sobre la adopción de posiciones clasistas e internacionalistas por parte del proletariado de estos países. Pero las décadas siguientes a la IIª Guerra Mundial han visto al capitalismo instalarse y desarrollarse en todo el planeta; condenando ineluctablemente a la ruina y a la proletarización a centenares de miles de pequeños productores, este desarrollo capitalista ha acumulado al mismo tiempo la materia social explosiva en el mundo entero. En los mismos países capitalistas desarrollados la expansión capitalista ha eliminado una gran parte de estratos intermedios clásicos (como los campesinos) cuyo papel conservador y reaccionario ha sido un sólido apoyo del orden burgués: en Francia o en Italia casi la mitad de la población vivía, en 1945, en el campo.

Por primera vez en la historia, el área de la lucha entre las clases modernas y sobre todo la arena de la futura revolución comunista internacional deviene potencialmente mundial, a diferencia de 1848 cuando esta no concernía sino a una parte de la Europa occidental, apenas alargada a Rusia y a la Europa central en 1917; y las bases materiales de la revolución devienen objetivamente más firmes, dado que estos países no eran aun plenamente capitalistas. Este es un resultado histórico eminentemente positivo para el futuro.

Otros treinta años con ciclos de recesiones y reanudaciones económicas

1975, fecha de la primera gran crisis internacional del capitalismo después de la guerra, marcó el fin de la expansión de este, en apariencia ilimitada, y de la mejora de las condiciones de existencia,

en apariencia continua, del proletariado en los grandes países capitalistas. Las crisis cíclicas, casi imperceptibles previamente, gracias también a la acción «anticíclica» de los gastos estatales (sociales y otros) comenzaron a resurgir con fuerza creciente. Sobre todo con la crisis de 1981-82, los gobiernos burgueses de los grandes países capitalistas rompieron con la política social en vigor hasta el momento, volviendo a poner en discusión la modalidad precedente de la colaboración de clases. Iniciado en Gran Bretaña con el gobierno de Thatcher, continuado en los Estados Unidos en tiempos de Regan, esta curva descendente se generalizó, inexorablemente, en los otros países, aún con ritmos diferentes. Las grandes luchas consiguientes a las crisis económicas desembocaron en derrotas sucesivas frente a la determinación de los poderes burgueses: las grandes huelgas en Polonia, por razones económicas sobre todo pero ensalzando también la democracia, fueron despedazadas por la dictadura militar; la prolongada huelga de los mineros británicos finalmente fracasó frente a la dureza del gobierno Thatcher y a la renuncia de los sindicatos a generalizar el conflicto; las luchas de los siderúrgicos franceses fueron sofocadas por el nuevo gobierno socialista; la larga huelga de los obreros de la FIAT marchó al desastre a causa del mortífero aislamiento en el cual fue blindada por parte de los sindicatos y de los partidos colaboracionistas; la valiente huelga de los mineros rusos, pese a obtener formalmente los resultados fue triturada al cabo de unos meses por las ilusiones de democratizar la economía y la sociedad. En Irán, la caída del Shá abocó a la constitución del régimen islamista antiobrero de Jomeini: el orden capitalista mundial volvía a controlar la situación, dando una importante vuelta de tuerca a las condiciones proletarias de existencia. Caracterizado por un retorno de las tensiones interimperialistas (seguidamente de la intervención militar rusa en Afganistán), de dificultades económicas persistentes en América Latina (la llamada «década perdida») donde la burguesía recurrió a la «democratización» para mantener el orden, los años '80 dieron lugar a una nueva crisis capitalista internacional. El efecto, sin duda más importante, fue la implosión de la URSS y del bloque del Este, minados por un decenio de dificultades económicas crecientes (caída de la tasa media de ganancia en la economía, conjugada con la caída brutal de los ingresos en moneda apreciada después de la caída de los precios del petróleo y de otras materias primas). La implosión de la URSS y de su pretendido

«campo socialista» se acompañó, como no podía ser de otra manera, con manifestaciones de masas y con luchas obreras de gran amplitud (como la huelga de los mineros de Donbass, recordada arriba). Pero el milagro democrático del Occidente burgués, opulento y liberal, era muy potente y sólo pequeñas minorías proletarias se encaminaron sobre la vía de la reorganización de clase, sin éxitos duraderos. Por otra parte, el imperialismo occidental, ávido de nuevos mercados y siempre preocupado por evitar desórdenes sociales de gran relevancia, ha podido invertir firmemente en el Este europeo para asegurar una «transición» con el mínimo de problemas. Esto es cierto no sólo para la Alemania del Este, anexionada por la Alemania del Oeste, sino también para otros países. Bien entendida, esta «transición» hacia el nacimiento de nuevos Estados no habría podido realizarse de manera completamente pacífica, como atestiguan las sanguinarias guerras que desgarraron Yugoslavia y provocaron la intervención militar de los países occidentales.

En general, en Europa, esta vasta reorganización del mapa geográfico capitalista se realizó sin que el orden burgués fuese puesto en discusión por las luchas proletarias, y sin que estos conflictos –que en otras situaciones y en otra época hubieran podido dar paso a una guerra mundial- tuviesen consecuencias más allá de las «locales»: lo demuestra, ulteriormente, en todo este periodo, la potencia intacta del dominio capitalista.

Para los ideólogos burgueses, el estallido de la URSS fue el «fin del comunismo»; es decir, la victoria definitiva del capitalismo, el inicio de un «nuevo orden

(sigue en pág. 4)

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente –el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)– de la que se ha tomado.

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org

Sobre el periodo actual

(viene de la pág. 3)

mundial» de paz (después de haber hecho entrar en razón al Irak de Saddam Hussein) y de un nuevo periodo de crecimiento económico drogado por las «nuevas tecnologías», en el cual las crisis habrían desaparecido gracias a una gestión inteligente de la economía. Según los eufóricos objetivos de la ONU y del Banco Mundial, la miseria habría debido desaparecer de la faz de la tierra en el año 2.000...

Es cierto que, gracias a la bocanada de oxígeno de la apertura de los mercados del Este, el capitalismo, a escala mundial, pero sobre todo en los Estados Unidos y en Europa Occidental, conoció un periodo de expansión durante una decena de años; pero esta expansión terminó con una nueva crisis, completamente inesperada por los economistas, llamada de la «burbuja informática» sobre los mercados financieros (crisis debida en realidad a los primeros efectos de la recesión económica) y simbólicamente señalada por los atentados del 11 de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas de Nueva York: el crecimiento capitalista desemboca siempre en crisis y en sangrientos conflictos.

La reanudación económica que siguió fue debida sobre todo a los Estados Unidos, centro relativamente debilitado pero siempre dominante del capitalismo mundial, conduciéndose sobre dos vías: la reanudación económica del «complejo militar-industrial» (sector de primera importancia en los EE.UU.) generada por la guerra en Afganistán y después en Irak, y el recurso en gran escala a la economía del crédito. El crecimiento partió de los Estados Unidos y llegó, después, a los otros países.

Pero este crecimiento, del todo drogado, y por lo tanto anémico, terminó brutalmente con el estallido, en 2007-2008, de una nueva crisis económica, de intensidad sin precedentes después de aquella de los años Treinta del siglo pasado y cuyas consecuencias serán de primer orden.

Como confirmación de cuanto es sostenido en el *Manifiesto* de 1848 por Marx y Engels:

En las crisis estalla una epidemia social que en todas las épocas anteriores habría parecido un absurdo: la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se encuentra de improviso reconducida a un estado de barbarie momentánea; parece que una carestía, una guerra general de exterminio le hubiese cortado todos los medios de

subsistencia; la industria, el comercio parecen destruidos.

¿Y por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, mucha industria, mucho comercio.

Las fuerzas productivas que están a su disposición no sirven ya para promover la civilización burguesa y las relaciones burguesas de propiedad; se han vuelto demasiado potentes por estas relaciones y se ven obstaculizadas, y apenas superan estos obstáculos desordenan toda la sociedad burguesa, ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas han devenido demasiado estrechas para poder contener la riqueza que ellas mismas producen.

¿Con qué medios supera la burguesía las crisis? Por un lado, con la destrucción forzada de una masa de fuerzas productivas; por el otro, con la conquista de nuevos mercados y con la explotación más intensa de los viejos. Por lo tanto, ¿con qué medios? Mediante la preparación de crisis más generales y más violentas y la disminución de los medios para prevenir las crisis mismas.

Estos treinta años han visto

Sobre el plano económico:

--una unificación sin igual del mercado mundial con la desaparición del «campo socialista» y la apertura de China, así como medidas menos espectaculares pero todavía importantes como la unificación de los mercados financieros, los esfuerzos constantes para reducir las barreras comerciales entre los países y la «deslocalización» de partes significativas de los aparatos productivos de los grandes países capitalistas en otros países llamados «emergentes» o de la periferia del imperialismo; llamado «globalización» o «mundialización», este fenómeno ha suscitado en los diversos países la oposición de los sectores económicos más frágiles, oposición que ha alimentado, sobre el plano político, tanto a los movimientos llamados «altermundialistas» como a las corrientes nacionalistas y en particular a aquellas de extrema derecha;

-una tendencia opuesta, hoy más débil, para mantener y para reconstituir las zonas económicas protegidas: Europa es el mejor ejemplo, pero tendencias a la formación de bloques económicos se encuentran en todos los continentes;

-el debilitamiento, comenzado hace tiempo, de la potencia económica americana, a favor tanto de los países llamados «emergentes» (pero sobre todo China, que aparece como el nuevo rival potencial de los Estados Unidos sobre este plano, como ayer Japón). Debilitamiento que no acaba con su predominio político, el cual parecía casi absoluto después de la derrota de la URSS;

-un agravamiento constante, en general, de la competencia sobre el mercado mundial y sobre los mercados nacionales, cada vez más saturados a causa de una sobreproducción crónica.

Sobre el plano de las relaciones inter-imperialistas e inter-capitalistas:

-la derrota de la URSS y de su «campo» significó el fin del condominio ruso-americano sobre el mundo que, durante el periodo llamado de «guerra fría» impidió, de hecho, que las incesantes guerras locales degenerasen en un conflicto mundial;

-después de un primer momento de euforia por el estallido de la URSS, los Estados Unidos, la única superpotencia que permaneció, parecían estar convencidos de que, pese a su superioridad militar, no tenían la fuerza para asumir solos el papel de gendarme del mundo. Esto quiere decir que, no sólo las potencias locales o regionales tenían la posibilidad de conquistar zonas de influencia según sus ambiciones (sin hurtar las fuentes de intereses vitales para los Estados Unidos) y que los conflictos «locales» tenían más posibilidades de estallar (incluida Europa), sino que estos conflictos, más difíciles de controlar por una única central imperialista, tenían más posibilidades de degenerar en una guerra más amplia;

-una de estas zonas de conflictos potenciales está constituida por los países del Este de Europa que formaban parte del falso «campo socialista», precisamente por la debilidad de los nuevos Estados y de los fuertes apetitos de las diversas potencias imperialistas. El interés particular de Rusia, disminuida al rango humillante de «nación emergente» después de la implosión de la URSS, se ha demostrado en la continua búsqueda de reconquistar un puesto de primer orden correspondiente a sus ambiciones imperialistas (no sólo regionales) mientras Alemania, después de la ingesta de la Alemania del Este, no podrá sino reivindicar también ella un puesto correspondiente a una fuerza económica que no cesa de afirmarse en relación a sus rivales tradicionales (Francia y Gran Bretaña) pero también

respecto a los Estados Unidos o Rusia. La Comunidad Europea y la zona del Euro, bajo la influencia alemana, se han consolidado durante este periodo hasta el punto de ser víctimas de su éxito, mientras los candidatos a la «integración europea» no paran de multiplicarse. Así, la crisis de 2007-2008 ha revelado las contradicciones internas y la precariedad de esta «unión» de Estados burgueses. -otra «zona de tempestades» es -de nuevo- Asia. La potencia emergente que es China se enfrenta con los Estados más débiles (Filipinas, Vietnam, etc.) pero también con Japón y los Estados Unidos; y en el subcontinente indio la rivalidad entre India y Pakistán no cesa de agravarse después de la retirada de Afganistán de las tropas americanas y de sus aliados. En esta inmensa región se están creando, en realidad, los focos de infección de una eventual tercera guerra mundial.

-finalmente, en el curso de estos últimos decenios, el Medio Oriente ha permanecido como una región de guerra permanente y conflictos con repercusión internacional (aunque Rusia, heredera de la URSS, prácticamente ha estado ausente), a causa de la puesta en juego del punto de vista económico y estratégico que la zona representa para las potencias imperialistas: quien controla el petróleo del Medio Oriente controla la vida de una buena parte del capitalismo mundial. Por ello, el apoyo sin fisuras por parte de Estados Unidos y de los imperialismos occidentales a la política colonial israelí ha impedido la solución de la cuestión nacional palestina, sin que por otro lado se logre destruir la tenaz resistencia de las masas palestinas (a diferencia de la burguesía palestina): este es un factor político que siempre deben tener en cuenta las burguesías de la región y de fuera de ella.

Sobre el plano de la política proletaria y de la lucha de clase:

-la lucha proletaria, a veces de gran amplitud, no ha faltado en este periodo, pero, salvo algunas excepciones, no ha logrado colocarse al nivel de una lucha auténticamente de clase y, menos aún, de una lucha revolucionaria. El «encuadramiento» político y sindical colaboracionista, si bien es más débil que en el periodo precedente, ha logrado controlar estas luchas sin que los Estados burgueses, en los grandes países capitalistas, hayan tenido necesidad de recurrir sistemáticamente a la represión abierta. Estas luchas no han logrado, por otra parte, ni siquiera permitir la reconstitución de organizaciones de clase duraderas, y mucho menos, el renacimiento, aún a

pequeña escala, del partido de clase, internacionalista e internacional;

-el fin de las luchas anticoloniales (o antiapartheid, etc.) a excepción de Palestina, ha significado la desaparición de un objetivo de lucha nacional-revolucionaria común a más clases (la lucha contra la opresión nacional o racial, etc.) y por tanto la desaparición de un fundamento objetivo del interclasismo en estos países. Las fuerzas burguesas (comprendidas las fuerzas de «oposición») continúan y continuarán alimentando este interclasismo (por ejemplo pretendiendo que la lucha por la independencia nacional o la igualdad racial no está completamente terminada o recurriendo a la ideología religiosa, etc.) con el fin de oponerse a la independencia de clase del proletariado. Pero son y serán los hechos los que muestran y mostrarán cada vez más el carácter embustero de la colaboración entre clases, abriendo objetivamente la vía a la posibilidad de organización clasista del proletariado. El ejemplo más claro lo da hoy Sudáfrica.

-la caída del falso «campo socialista» del Este y la práctica desaparición de los restos del movimiento estaliniano, pilar de la contrarrevolución, ha acabado objetivamente con un obstáculo de primer orden para la reconstitución del movimiento de clase proletario y del partido de clase internacional; es más difícil hoy que ayer asimilar el comunismo a la obscena realidad de la opresión capitalista que existía bajo el régimen del falso socialismo. Pero en los países en cuestión el proletariado no ha superado el shock del brutal agravamiento de sus condiciones en el periodo tormentoso del «paso a la democracia», ni ha logrado liberarse del juego democrático (véase el caso de Polonia, donde no ha quedado nada del empuje proletario de los años '70 y '80).

Conclusión:

¿aún treinta años de espera?

Fijar con anticipación fechas precisas para la realización de los grandes giros históricos, es poco más que un juego de azar. En los años '50, nuestro partido estimó con Bordiga que la apertura de un periodo revolucionario proletario era imposible antes de que estallase una gran crisis económica internacional al acabar el periodo de fuerte expansión capitalista, y la fecha aproximada para esta crisis se indicó en 1975. La crisis económica capitalista internacional tuvo efectivamente lugar aquel año, pero no desembocó en un periodo revolucionario: lo que existió fue un refuerzo del dominio capitalista sobre el mundo. A finales de los años '90, nosotros citamos el análisis de

economistas americanos que, sobre la base de un cálculo de los ciclos económicos, daban el año 2020 como la fecha posible para un nuevo conflicto mundial (el imperialismo estadounidense financia permanentemente este género de estudios para prepararse para cualquier eventualidad)

Las previsiones de los economistas burgueses poseen un carácter científico muy dudoso; pero el análisis y la previsión marxista permiten afirmar que el capitalismo no podrá esperar ya treinta años antes de que sus contradicciones internas tomen un camino explosivo. Todas las crisis económicas que se han sucedido no han podido ser superadas sino preparando una crisis posterior aún más profunda. La misma cosa sucede, en un grado aún más agudo, con la crisis actual: esta ha visto una auténtica explosión de los déficits de Estado y una simultánea avalancha de «liquidez» para poder reanudar -jadeando- la máquina económica, sin que los dirigentes capitalistas sepan cómo reabsorberla antes de que provoque una nueva crisis. El modo de producción capitalista, como por otra parte los modos de producción precedentes, no se acabará por sí mismo, sin insurrecciones de los oprimidos, sin revoluciones; es el mismo capitalismo el que crea las bases materiales e internacionales de la revolución. Pero, si esta revolución internacional no ha tenido lugar aún o si encalla, el capitalismo podrá prolongar su existencia por medio de una nueva guerra mundial causando destrucciones aún más gigantescas para permitir el inicio de un nuevo ciclo de reconstrucción y de expansión de varias décadas. La sucesión no es inmediata; el capitalismo ha tenido la posibilidad de impedir que la crisis de 2007-2008 se convirtiese en una nueva crisis como la de los años '30 con un final, a los pocos años, en una nueva guerra mundial. Este «alejamiento» en el tiempo, por otra parte, preserva la posibilidad histórica de la reaparición sobre la escena del proletariado antes del estallido de una nueva guerra generalizada.

Sea como sea, la generación actual de militantes revolucionarios comunistas tiene en los próximos años que realizar la tarea irrenunciable de luchar por la organización de clase del proletariado, tanto sobre el plano de la lucha de defensa inmediata como sobre el plano de la lucha política revolucionaria, es decir, por el partido de clase, a nivel nacional e internacional; condición esta indispensable para afrontar, con probabilidades de victoria sobre el capitalismo, la era de tempestades que se avecina.

(sigue en pág. 6)

Sobre el periodo actual

(viene de la pág. 5)

Algunos puntos relevantes sobre el periodo actual.

Las consideraciones desarrolladas hasta ahora, pese a la forma un poco esquemática que han tomado, ayudan a trazar los puntos esenciales del periodo actual, abierto con la crisis internacional del 2007-2008.

Esta crisis, como hemos subrayado en diversos artículos en estos años, ha provocado y continúa provocando un agravamiento de las contradicciones capitalistas y de los enfrentamientos de intereses entre los Estados burgueses, mientras, al mismo tiempo, tiende a poner en discusión los equilibrios políticos y sociales internos, sobre todo de los estados más frágiles.

Por lo que respecta al primer aspecto, es decir, a los equilibrios entre los Estados, se asiste a la multiplicación de los focos de tensión, también en el interior de bloques como la Unión Europea y regularmente a guerras llamadas «locales» pero que, en realidad, suponen la implicación de los diferentes imperialismos internacionales (los viejos imperialismos, como el francés o el inglés, confirman su agresividad tradicional, ya estén en el gobierno partidos de izquierda o de derecha). Este nuevo *desorden mundial* está destinado a durar y a exasperarse hasta que una nueva guerra mundial dé lugar a una «repartición más estable del mundo», o bien la revolución comunista internacional acabe con el capitalismo. Por lo que concierne al segundo aspecto, es decir, al lado social de la crisis, a causa del agravamiento de los ataques a las condiciones de existencia proletarias, pero también contra las masas trabajadoras en general, para salvar los beneficios capitalistas y restaurar las finanzas públicas, la crisis actual, más que las precedentes, ha generado y genera movimientos sociales en numerosos países:

1. Al inicio, en el 2007-2008 hubo una profunda onda de agitación y disturbios en los países del África occidental (pero sólo en Guinea esta agitación tomó un carácter netamente obrero con la huelga general que provocó la caída del régimen dictatorial de Conté, pese a la acción conciliadora de los burócratas sindicales); en 2009 la revuelta en Irán; en 2011 la onda revolucionaria en los países árabes, llamada «primavera árabe». En los grandes países

capitalistas, en 2011 se inicia el movimiento llamado «de los indignados» en España, que se sigue en los Estados Unidos con el «Occupy», y en otros países. Tuvo lugar después el movimiento de la plaza Taksim en Turquía y recientemente los movimientos en Brasil con ocasión de los mundiales de fútbol, el movimiento de la plaza Maidan en Ucrania, etc. Han tenido lugar, a ráfagas, luchas obreras en Asia (Bangladesh, Camboya y China), en África (particularmente en Sudáfrica), etc.

2. Estos movimientos, evidentemente tienen características e importancia diversas. Las revueltas en los países árabes no han dado lugar a verdaderas revoluciones, en el sentido marxista del término, es decir, a la expulsión de la clase dominante, la instauración de la dictadura proletaria para realizar la transformación económica del capitalismo en socialismo; ha tenido lugar, eso sí, el fin de los *regímenes*, o de los *clanes*, pero no ciertamente del capitalismo ni del dominio burgués; por otra parte no podía ser de otra manera dado el estado de atraso del movimiento proletario internacional y de la ausencia de asociaciones económicas clasistas y de un influyente partido de clase. Pero se puede observar la diferencia entre los países donde existía una tradición de lucha y de organización obrera (Túnez, Egipto) y los países donde esta tradición estaba y está completamente ausente. En estos últimos casos no sólo las revueltas cayeron rápidamente bajo la dirección de fuerzas burguesas rivales entre ellas (dependientes a su vez de este o de aquel imperialismo) sino que en general han acabado por ser dirigidas por el islamismo, forma reaccionaria de la ideología burguesa en particular en el Medio Oriente actual: son los casos, sobre todo, de Siria y Libia. Al contrario, en los primeros casos, las luchas obreras han jugado un papel central en la evolución de la situación, disipando en parte la influencia islamista y dejando abierta, pese a la victoria actual de las fuerzas de conservación burguesas, la posibilidad de un desarrollo futuro de la lucha de clase.

3. Por otra parte, los movimientos no han asumido este aspecto insurreccional, sobre todo en presencia de mecanismos de «amortiguación social» propios de las democracias burguesas (ejemplo: Ucrania en el Maidan) porque las tensiones sociales y políticas eran menos fuertes. Además, estos movimientos han

tenido una naturaleza más netamente «pequeñoburguesa». Los proletarios que han participado en ellos lo han hecho a título individual, inmersos en la orientación típica pequeño burguesa que reinaba y cuyos trazos esenciales eran: rechazo de la lucha entre clases, interclasismo «popular» y democrático, pacifismo, rechazo de todo lo que pueda evocar la revolución proletaria —de la bandera roja a las siglas de partidos revolucionarios o simplemente «de izquierdas» como en España o Brasil—nacionalismo, tolerancia hacia las fuerzas abiertamente burguesas o de derechas (Turquía, Ucrania), etc.

El hecho de que los estratos pequeño burgueses se movilizan en periodos de crisis, antes que los proletarios, no debe sorprender; no es un fenómeno nuevo. La inestabilidad de su status social les impulsa ante las sacudidas provocadas por las crisis y la amenaza de proletarización que les acecha les vuelve mucho más susceptibles, empujándoles a movilizarse de manera a veces imponente o violenta. Imaginándose defender «el interés general» del «pueblo» y de la «nación», es decir, los intereses y objetivos que deberían ser comunes a «todos los ciudadanos», excepción hecha de un puñado de privilegiados (el uno por ciento), estos movimientos están, *de hecho*, condenados a ser siempre recuperados por la clase dominante burguesa, porque es esta la que encarna y defiende el interés nacional y general del capital. Sólo una fuerza proletaria independiente de clase, podrá estar en condiciones de atraerse al menos una parte en el cuadro de la lucha resueltamente anticapitalista.

4. En los países capitalistas desarrollados, el debilitamiento de las organizaciones políticas y de los aparatos sindicales protagonistas de la colaboración de clase, no podrá sino acentuarse, en la medida en que los capitalistas exigirán de sus lacayos reformistas tradicionales la más estrecha colaboración para imponer a los proletarios condiciones de vida y de trabajo cada vez peores. El debilitamiento de los aparatos sindicales, en particular, consiste en no darles, como en tiempos de expansión económica, las «contrapartidas» en términos de «garantías» económicas y sociales que repartir entre las diversas categorías del proletariado, transformándoles, de esta manera, cada vez más en «policías con mono» para la defensa de la economía nacional y empresarial más que en «negociadores» que obtengan resultados para sus afiliados. Pero los capitalistas tienen, al mismo tiempo, la exigencia de impedir a los proletarios escapar del control de los aparatos de la

colaboración entre las clases para organizarse de manera independiente, y por ello están interesados en reforzar la inclusión, existente en Europa desde la segunda postguerra y en España desde la Transición, de las organizaciones obreras en las instituciones estatales como parte de su propia burocracia.

La degradación de las condiciones de vida y de trabajo del proletariado vuelve, sin embargo, antes o después más fácil el emerger de luchas duras (aún en forma de motines o auténticas «explosiones sociales») así como las tentativas de organización proletaria independiente, abriendo de esta manera un espacio a la intervención de los militantes revolucionarios. Hace falta ser conscientes de que las fuerzas de conservación burguesa disponen siempre de múltiples vías para esterilizar los impulsos de lucha proletaria (recurso a la ideología pacifista, legalista y democrática, al papel cedido a los «nuevos reformistas» de «extrema izquierda», a las organizaciones sociales de las iglesias, pasando a través de las innumerables asociaciones e instituciones puestas en pie y financiadas para crear «tejido social» es decir, para ligar al proletariado al orden constituido) sin olvidar el recurso a la represión patronal y policial.

5. Una de las armas tradicionales más eficaces de la burguesía para controlar «el frente social» y paralizar a la clase obrera, es la *división* entre los trabajadores asalariados, aumentando la competencia entre ellos—división que es la consecuencia «natural» del modo de producción capitalista en el cual la competencia generalizada, la lucha de todos contra todos, es la norma. Esta división es alimentada continuamente por la fragmentación del proletariado en miles de estratos y categorías (comprendidos los estratos «privilegiados» que constituyen una «aristocracia obrera» que forma la base social del reformismo y del colaboracionismo entre las clases) siguiendo criterios de edad, sexo, nacionalidad, etc. Esta se vuelve particularmente aguda al oponer a los trabajadores autóctonos contra los inmigrantes y al relegar a una parte considerable de estos últimos a una situación excepcional: «sin papeles», «clandestinos», trabajadores colocados en un estado de completa sujeción, sometidos sin límites a sufrir cualquier tipo de injuria y amenazados continuamente con la expulsión. En periodo de crisis y de guerra económica esta división se ve exasperada por la propaganda chovinista y racista que alaba el «patriotismo económico» a través de campañas de movilización,

también de los trabajadores, para la defensa de la economía nacional, regional o local, llevadas adelante por las fuerzas políticas de derecha pero también, quizá mimetizadas por palabras generales, como «derechos» o «deberes», por fuerzas políticas de izquierda. Estas campañas sirven en tiempos de paz para hacer aceptar por los trabajadores sacrificios sobre los salarios, sobre las condiciones de trabajo, sobre los riesgos y sobre el mantenimiento o no del puesto de trabajo, preparándoles para el tiempo de guerra cuando los sacrificios exigidos, e impuestos, necesiten de su vida, ofrecida a una «patria» que no ha sido ni será nunca suya.

La tarea fundamental de los revolucionarios

De cuanto se ha dicho hasta ahora se derivan las orientaciones para los militantes y los proletarios de la vanguardia revolucionaria, determinados a luchar contra el capitalismo, que podemos resumir de esta manera: la tarea fundamental es la de trabajar en cualquier circunstancia por la **independencia de clase del proletariado**. Esto vale tanto en los países capitalistas desarrollados e imperialistas, como en aquellos de la periferia del imperialismo.

Esto significa que en los movimientos de huelga, en los movimientos más amplios o en las revueltas en las cuales los militantes y los proletarios de vanguardia revolucionaria participan, deben esforzarse todo lo posible para poner siempre el acento sobre los intereses de clase proletarios, dirigiendo a los proletarios a reagruparse sobre esta base. Esto implica una lucha política contra las tendencias pequeñoburguesas que son hoy mayoritarias y las corrientes dirigentes que están a la cabeza de estos movimientos y que hacen de todo para impedir la afirmación y la constitución de asociaciones *de clase*. De la misma manera que, por ejemplo, hace falta denunciar los llamamientos corporativos a la «defensa» de la empresa en el «propio país» contra su «deslocalización» o a la defensa de la «marca España», el «made in Italy», etc. contra el «made» de cualquier otro país -y oponerse a la participación en la guerra de competencia burguesa- de la misma manera hace falta denunciar los llamamientos a la «unión del pueblo», a la defensa de la economía o la «soberanía» nacionales y criticar sin excitación las organizaciones que de manera oportunista sostienen los partidos burgueses o pequeñoburgueses de oposición, que

reanudan las orientaciones interclasistas nacionalistas y fijan sólo objetivos estrictamente burgueses. Hace falta orientar y sostener las luchas obreras que en la práctica rompen con la unión interclasista, en las huelgas limitadas y parciales como en los movimientos de huelga, de protesta o de revuelta más amplios. En pocas palabras, los militantes y los proletarios de la vanguardia revolucionaria deben contribuir a la lucha y a la organización **por la defensa exclusiva de los intereses proletarios en todos los países**.

La independencia de clase del proletariado es combatida ferozmente por las corrientes burguesas y pequeñoburguesas «democráticas» con el argumento de que la independencia rompería la unión necesaria entre las diversas clases para obtener resultados concretos en materia de «democratización» del Estado, de conquista y defensa de las libertades públicas y de los derechos sociales. Estos mitos esconden la realidad de la dictadura burguesa y capitalista sobre la sociedad. En realidad, los burgueses y los pequeñoburgueses quieren simplemente que los proletarios no luchen sino por los intereses burgueses y pequeño burgueses y se abstengan de la lucha por sus propios intereses.

Los intereses burgueses y pequeñoburgueses pueden perfectamente prever perfectamente la «reforma» del capitalismo y su Estado; la política social de la Iglesia de Roma llama, en la práctica, a ello. Pero los intereses *de clase* del proletariado no se acaban con tal o cual reforma que históricamente ha podido y puede contribuir, en ciertos países y en determinadas situaciones, a desarrollar la lucha proletaria de clase y por lo tanto apuntar a la destrucción del capitalismo. La lucha de clase del proletariado se inscribe en la perspectiva histórica de la

(sigue en pág. 8)

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de libros

C/ Relatores, 16
28012 - Madrid

La Rosa del Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj
28001 - Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

Sobre el periodo actual

(viene de la pág. 7)

destrucción del capitalismo, por lo tanto en la lucha por la conquista del poder político y la instauración de la dictadura proletaria en el lugar que ocupa la dictadura burguesa, una perspectiva histórica que no puede ser sino internacional.

El interés máximo de la clase proletaria de cualquier país es acabar de una vez por todas con la explotación del trabajo asalariado por parte del capital, por lo tanto con la explotación por parte de la burguesía de la fuerza de trabajo asalariada, esto es de la clase del proletariado; mientras sobreviva el capitalismo sobrevivirá la clase burguesa y, por lo tanto, la explotación del trabajo asalariado. La clase proletaria para emanciparse de la explotación por parte de la burguesía debe proceder de manera diversa: luchar contra la clase burguesa para destruir los medios con los cuales domina la sociedad, sobre todo el Estado que defiende sus intereses

generales y particulares con las leyes y con la fuerza militar; pero la clase proletaria no podrá lograr este resultado hasta que no se vuelva completamente independiente de los intereses burgueses que se mimetizan bajo la forma de la «patria», del «pueblo», de la «nación», del «Estado» y de sus «leyes»: nada de esto está por encima de las clases, nada es neutro, no han ningún interés común entre burgueses y proletarios.

Incluso las mismas reformas o concesiones, del todo parciales, cierto, pero útiles para mejorar las condiciones de existencia inmediatas del proletariado, que el poder pueda conceder, son en efecto sólo conquistables con la lucha de clase del proletariado, como la historia ha demostrado ampliamente; ellas, por otra parte, no se dan de una vez para siempre nunca, porque son objeto constante de una lucha que la burguesía realiza contra el proletariado para limitarle, reducirle, controlarle, cancelarle, según

la relación de fuerzas existente entre las dos clases y las exigencias de supervivencia del régimen burgués. Pero es cierto que los movimientos interclasistas, aun si se movilizan sobre el terreno de la protesta violenta, precisamente por su característica de ser parte integrante de la conservación social, no tendrán nunca la fuerza de «constreñir» a la clase dominante burguesa a renunciar a su tarea de gestionar el poder según los criterios dictatoriales que la fase imperialista del desarrollo capitalista impone. La única fuerza social en condiciones de afrontar y dar fin a la dictadura burguesa (escondida bajo las ropas de la democracia o abiertamente declarada) es la clase proletaria, pero a condición de ser del todo independiente de los intereses y de los aparatos de la burguesía.

La independencia, la organización y la lucha de clase del proletariado son objetivos del todo comprensibles por parte de todo proletario que se preocupa de defender sus intereses vitales contra

(sigue en pág. 9)

¡Abajo la guerra imperialista...

(viene de la última página)

Otros países que se han unido a la coalición internacional anunciaron el envío de armas, entre ellos Alemania e Italia. España ha decidido no participar en los combates, pero ha acordado aportar una «ayuda logística». Sin formar parte de la coalición, Rusia, que fue invitada a la conferencia internacional de mediados de septiembre para poner en pie dicha coalición, anunció que aportaría una «contribución» al compromiso militar internacional (esta ya había enviado, desde hace unos meses, armas al gobierno de Bagdad).

Aun cuando en este punto los diversos Estados que participan en la coalición no tienen ninguna voluntad de enviar tropas a combatir en tierra, igual que los Estados Unidos, Francia, Canadá, Alemania, Gran Bretaña han enviado, en algunos casos «desde hace varias semanas», a «consejeros militares», además de «fuerzas especiales» a Iraq para entrenar y organizar a los combatientes anti-islamistas, kurdos o no.

Una intervención motivada únicamente por sórdidos intereses imperialistas, no por pretendidas preocupaciones «humanitarias» desinteresadas.

La intervención militar ha sido justificada por las atrocidades cometidas por ISIS en las regiones en las que está presente (que no ha vacilado en publicar por Internet): masacre de prisioneros, incluyendo a civiles, decapitación de secuestrados, etc.; inspirar terror es una de las armas del ISIS; pero, con el fin de suscitar la adhesión a la intervención militar, las mismas son utilizadas en su contra. Toda guerra necesita mostrar víctimas inocentes, verdaderas o falsas, para justificarse.

Pero hasta el más reciente periodo, si bien habían sido cometidas en Siria (donde ISIS las ha perpetrado, desde su primera aparición), estas atrocidades no conmovían a las buenas almas de los imperialistas occidentales, las mismas que tampoco se han conmovido por los crímenes y atropellos cometidos por el régimen de Bagdad, que se apoya sobre verdaderos comandos de la muerte para establecer su autoridad mediante el terror.

Todo ha cambiado a comienzos de este verano, después que los

combatientes de ISIS, apoyados por cuadros militares y fuerzas baazistas de la época de Saddam Hussein, hubiesen derrotado al ejército regular iraquí, amenazando directamente a Bagdad. La caída del régimen puesto en plaza luego de la victoria americana dirigida por la Administración Bush y por el cual han tenido acceso al petróleo iraquí, es impensable para los Estados Unidos; y eso es lo que les ha empujado a intervenir militarmente; no una pretendida presión de su «opinión pública», que nunca ha sido más que una invención de los medios.

El grueso de los yacimientos petroleros iraquíes, explotados por sociedades americanas (Exxon...), británicas (BP, Shell), rusas (Lukoil...), italianas (ENI), francesas (Total) y chinas (Petrochina), se encuentra en el sur chiita, área en que ISIS y sus aliados sunitas no tienen ninguna opción de penetrar. Pero otra parte nada desdeñable se encuentra situada en la región del norte alrededor de Mossul, que los nacionalistas kurdos reclaman como suya desde hace tiempo al gobierno de Bagdad; lo que agrandaría su territorio en un 40%, y que ahora quieren defender aprovechando la debacle de Bagdad, acordando concesiones a grandes firmas petroleras occidentales, sobre

(sigue en pág.14)

(viene de la pág. 8)

los patrones y su Estado, más allá de las ideas políticas, filosóficas o religiosas que tenga en la cabeza. Pero la lucha por estos objetivos necesita la presencia de claras y definidas posiciones políticas y programáticas si se quiere rechazar todas las falsas orientaciones presentadas por las más diversas corrientes políticas y evitar las trampas puestas por cada adversario, abierto u oculto, de la lucha proletaria de clase.

En otras palabras, organizaciones y lucha de clase necesitan que los militantes revolucionarios, decididos a trabajar por estos objetivos y dispuestos a asumir la tarea de organizar y orientar a sus compañeros de clase, estén ellos mismos organizados sobre bases políticas y programáticas de clase bien precisas y definidas, es decir, que estén organizados en **partido político**, incluso si este se encuentra aún en un estado embrionario como históricamente no puede ser de otra manera en el periodo actual. El partido de clase es necesario no sólo para centralizar y dirigir la lucha proletaria en el periodo del asalto revolucionario, sino también en el periodo precedente en el cual se trata de reorganizar al proletariado con medios y métodos clasistas en la lucha sobre el terreno inmediato y en el terreno político más general. Si se debiese esperar a la apertura del periodo revolucionario para constituir el partido de clase, sería demasiado tarde: este no tendría ni el tiempo ni la fuerza para conquistar una influencia decisiva en la masa del proletariado con la cual hacerse reconocer como la única guía para su lucha revolucionaria y para la conquista del poder político. El partido debe prepararse y constituirse *antes*, de manera no voluntarista, sino en relación con el desarrollo real del movimiento proletario, a través de luchas políticas, teóricas, programáticas pero también *prácticas*, para restaurar, asimilar, defender, explicar y difundir el «marxismo no adulterado» (según la expresión de Lenin); por lo tanto, prepararse y constituirse no sólo sobre el terreno de las ideas, de la «lucha ideológica», sino también sobre el terreno «práctico», en el fuego de las luchas sociales. Es sólo en la medida en el cual el partido se ha dispuesto, preventivamente, a clarificar todas las cuestiones políticas importantes y que no se desorienta frente a las cuestiones ardientes que el periodo revolucionario exige inevitablemente y, por lo tanto, que no desorienta a aquellos que lo siguen (porque entonces, *desorientarse, perderse es traicionar*, como decía Blanqui) y en la medida en la cual este ha podido conquistar preventivamente una

influencia (inevitablemente limitada) sobre al menos algún sector decisivo del proletariado, que el partido afronta el periodo revolucionario con las mejores posibilidades de llegar a dirigir la lucha proletaria en su complejidad y orientarla hacia la victoria.

En definitiva, la tarea esencial para los militantes revolucionarios de todos los países, la tarea que sintetiza de la manera más clara la lucha por la independencia de clase del proletariado, es la de contribuir al trabajo de constitución y reconstitución del órgano supremo de la lucha revolucionaria, el **partido de clase internacional**, sobre bases no «revisadas», no «enriquecidas» del marxismo integral. Sobre esta vía, la corriente de la Izquierda Comunista de Italia ha heredado históricamente la tarea que asumió el partido bolchevique de Lenin, es decir, la tarea de constituir el partido comunista a nivel *internacional* sobre bases del marxismo no adulterado. Después de la devastadora degeneración de la Internacional Comunista y del partido bolchevique en los años en los cuales venció la contrarrevolución estaliniana, y después de la participación en la IIª Guerra Mundial de los proletarios de todos los países junto a su propia burguesía nacional, en defensa de los intereses exclusivamente burgueses y capitalistas, el movimiento comunista internacional se redujo a pocas decenas de militantes revolucionarios tenazmente unidos a la tradición auténticamente marxista y, entre estos, se distinguieron los compañeros de la Izquierda Comunista de Italia, representada de la manera más coherente con el marxismo por Amadeo Bordiga; estos tuvieron la fuerza de trabajar en el necesario balance de la Revolución Rusa y del movimiento comunista internacional de los cuales extraer las indispensables lecciones (de las revoluciones y, aún más, de las contrarrevoluciones) con el fin de restaurar las bases marxistas sobre las cuales reconstituir, como hizo Lenin en su tiempo el partido de clase, el partido comunista internacional. Hoy, cierto que embrionariamente, nosotros representamos este trabajo y estamos firmemente convencidos de que sobre la vía señalada por la corriente de la Izquierda Comunista de Italia —que no difiere esencialmente de aquella seguida por Lenin y el partido bolchevique hasta el segundo congreso de la Internacional Comunista ni de su obra de restauración de la teoría marxista y de las líneas políticas y tácticas fundamentales, sólo sobre esta guía, es posible reconstituir el partido potente y compacto de mañana.

« Il Comunista »

No 137, Novembre 2014
- Gennaio 2015

Nell'interno

Il capitalismo imperialista, parla di pace, ma prepara la guerra

La fame di profitto all'origine dei naufragi e delle stragi del mare

Abbasso l'«unione sacra»!
Abbasso la Repubblica borghese!
No alle guerre di religione! No alla democrazia imperialista!

Si alla guerra di classe contro il capitalismo!

Incompatibilità comuniste
Livorno 1921

No alla mobilitazione filo-imperialista attorno al Kurdistan!

Abbasso la guerra imperialista in Irak e in Siria!

La donna e il socialismo (11) di A. Bebel

La teoria marxista della moneta (4)
- il credito

Giornale bimestrale -

Una copia 1,5 €; 5 FS; £ 1,5 -
Abbonamento: 8 €; 25 FS; £ 6 -
Abbonamento di sostegno 16 €; 50 FS; £ 12.

«el programa comunista»

Nº50, Septiembre 2013

- Presentación
- Bajo el mito de la Europa unida se incuban los antagonismos entre las potencias imperialistas y maduran, inexorablemente, irremediables enfrentamientos que llevan hacia la tercera guerra mundial si la revolución proletaria no lo impide
- La «cuestión china» (II)
- Amadeo Bordiga - Siguiendo el hilo del tiempo: La doctrina del diablo en el cuerpo
- Las dos caras de la revolución cubana
- El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (2) (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

A 80 años de la insurrección proletaria de 1934

(viene de la pág. 1)

A ochenta años de la insurrección de octubre, las lecciones que el proletariado deberá sacar de la que fue su gran derrota, están completamente perdidas tras el opaco velo de la falsificación democrática y oportunista con que prácticamente desde el final de la intentona revolucionaria se cubrieron los hechos. Nacionalistas, estalinistas y socialdemócratas, pero también anarquistas, confederales o espontaneístas, pretenden que las terribles debilidades del proletariado asturiano y español en aquellos días sean sus puntos fuertes y recrean, sobre el terreno de las armas de la crítica, toda la incapacidad de que los insurrectos fueron presa cuando llegó la hora de la crítica de las armas.

De abril a Octubre

1934, y concretamente el mes de octubre de ese año, fue el momento clave en el desarrollo de la lucha entre proletariado y burguesía en España. Fue el año en el cual el proletariado tomó la ofensiva para intentar liquidar a la clase burguesa y, sobre todo, fue el año en el que una terrible derrota le arrojó en manos de esta burguesía que, desde ese momento, contaría con él para combatir a su lado tras la consigna de la defensa de la Nación, la República y la Democracia.

A 1934 el proletariado del conjunto del país llega en un clima de tensión inédito hasta el momento. En 1931 la IIª República se instauró tras el abandono pacífico y sin combate de ningún tipo por parte del monarca Alfonso XIII y sus más fieles aliados. Habían pasado ocho años desde que, en 1923, este mismo monarca, presionado por la burguesía nacional, especialmente por la catalana, aceptase a Primo de Rivera como dictador temporal, en una suerte de gobierno semi fascista cuyo deber era, por un lado, combatir al proletariado rebelde de Barcelona y alrededores, que se enfrentaba desde hacía años a la patronal local en una serie de luchas ininterrumpidas a través de las cuales (tanto con las victorias como con las derrotas) se volvía cada vez más fuerte; y por otro,

impulsar económicamente el país mediante una intensa política tendente a favorecer la inversión de nuevos capitales y la concentración de los ya existentes mediante la labor coordinada de las potencias imperialistas con más presencia en España y de los monopolios estatales. De esta manera se buscaba favorecer la recuperación económica del país, cuya industria se encontraba en franca decadencia desde que en 1918 el fin de la Iª Guerra Mundial desplazase el peso comercial España-potencias aliadas hacia la producción autóctona recuperada tras el periodo bélico en Francia, Bélgica, etc. La dictadura policial triunfó en las calles de las principales ciudades del país y sobre todo en Barcelona, donde Martínez Anido, Arlegui y una sucesión de matones organizados por el Estado y los sindicatos católicos, impusieron la ley del patrón acabando con los principales líderes proletarios. Las organizaciones clasistas quedaban prácticamente reducidas a cenizas, mientras que el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores se aprestaban a colaborar con el régimen (Largo Caballero, el futuro «Lenin español», llegó a ser consejero de trabajo). Finalmente, los últimos vestigios del movimiento obrero organizado cedieron el paso a la desesperación militante, que vio tanto en los grupos de pistoleros organizados por los anarquistas como en la colaboración entre clases propugnada por los sectores posibilistas de la CNT, la única salida a una situación trágica. No fue el proletariado el que liquidó la dictadura de Primo de Rivera, como tampoco fueron las fuerzas democráticas supuestamente revolucionarias las que acabaron con la dictadura de Aznar y Berenguer (y de paso con la monarquía). Fue el agotamiento de un modelo institucional que se encontraba, sólo siete años después de impuesto, agotado por la crisis económica mundial que comenzó en el crack bursátil de 1929. La propia burguesía pactó la salida del rey, organizó unas elecciones municipales a las que confirió el carácter de plebiscito sobre la forma de gobierno (algo especialmente significativo en un país como España donde el voto

nunca ha tenido otro valor que ratificar el sistema de turnos y el caciquismo rural), cooptó a los sindicatos y a los partidos obreros para organizar la movilización de masas controlada y comedita y, finalmente, llegó a formar un gobierno con los mismos hombres de la dictadura que gobernaban hasta poco antes. Desde este momento, abril de 1931, hasta la insurrección de octubre de 1934, los acontecimientos serán una verdadera escuela de la lucha de clases para el proletariado que, lamentablemente, no aprovechó sus enseñanzas y acabó en el mismo punto donde empezó, con sus organizaciones políticas y sindicales jurando fidelidad al gobierno republicano de la burguesía.

Esta escuela de combate no se caracterizó tanto por las victorias proletarias como por sus significativas derrotas. Fueron derrotas políticas y militares, sobre el terreno económico y sobre el organizativo, seguidas de aparentes recuperaciones o definitivas... pero en todas estas facetas encontramos una única realidad: el proletariado español permaneció prisionero de las ilusiones democráticas y, llegado el momento decisivo, estas inclinaron sus expectativas del lado de la burguesía. Si la república del 14 de abril no llegó mediante la lucha armada ni de la pequeña burguesía ni del proletariado, que fueron las dos clases sociales que después reivindicaron su existencia con más empeño, lo que sí sucedió es que la presión simultánea ejercida por la crisis económica mundial y sus consecuencias sobre la clase proletaria y la guerra sin tregua que la burguesía libró contra la clase obrera con el fin de evitar que las reformas gubernamentales que se realizaban como consecuencia de la creciente tensión social fuesen efectivas, radicalizó progresivamente a un proletariado joven, que no había pasado por la experiencia de la Iª Guerra Mundial y la consiguiente defección socialdemócrata y que daba sus primeros pasos en el terreno de la lucha política. La historia de la IIª República es la historia de la lucha de la burguesía contra el proletariado y en ella contó con aliados de primer orden entre el oportunismo político y el sindical.

Por un lado, el principal partido obrero, el Partido Socialista, realizó la tarea de contener los impulsos hacia la lucha

que la clase proletaria experimentaba como consecuencia del drástico empeoramiento de sus condiciones de existencia. Y esto fue así tanto en los periodos en los que ostentó un poder relativamente importante dentro de las instituciones estatales (1931-1933 y 1936-1939) como cuando se encontró ejerciendo de oposición «izquierdista» al gobierno derechista (1933-1936). Su función fue la de ilusionar al proletariado con que la lucha legal dentro del marco republicano era la verdadera vía para su emancipación de clase, siempre y cuando esta lucha diese como resultado la llegada del PSOE al poder y, en caso contrario, proponiendo la lucha armada para restituir a este Estado el carácter social («República de trabajadores de todas las clases», decía el artículo 1º de la Constitución republicana) que las derechas le quitarían. Durante su estancia en el poder, el PSOE, con el ministro Caballero a la cabeza, exigió paciencia a las masas proletarias y recibió con fusilamientos cualquier prisa por parte de los proletarios en alcanzar los objetivos mínimos que llevaba en su programa. Durante su periodo en la oposición llevó a estas mismas masas a una insurrección sin ninguna perspectiva de éxito en la que la sangre obrera debía servir como lubricante para la maquinaria del Estado democrático que se regeneró una vez que le permitió volver al poder. Por otro lado, el mayor sindicato del proletariado español, la CNT, llegó a la República colaborando con el ejército y la burguesía liberal, abrazando la causa del Estado al que afirmaba combatir. En ella se unió la fuerza organizada de la clase obrera, que pugnaba por encontrar el terreno de la lucha abierta contra la burguesía, y la presión de unos líderes que, si no habían hecho causa común con el oportunismo socialdemócrata, a la manera que sucedió en Europa veinte años antes, es porque aún no habían tenido la ocasión. La inmaculada pureza apolítica del anarco sindicato residía realmente en que la burguesía española aún no había resultado ser lo suficientemente inteligente como para proponerla colaborar en la defensa de la nación y, de hecho, tan pronto aflojó la soga sobre el cuello de la CNT (algo que sucedió debido a las durísimas luchas que los obreros industriales y agrarios de esta llevaron a cabo) el sindicato siguió el camino de sus

hermanos mayores alemanes, franceses o británicos.

Es cierto que tanto en el PSOE como en la CNT aparecieron corrientes «de izquierda» que aparentemente tendían a la ruptura de la política oportunista asentada en los vértices de ambas organizaciones. Pero de ninguna manera se puede considerar que estas corrientes ayudasen a plantear al proletariado los términos correctos del problema que se le planteaba (es decir, o victoria burguesa y aniquilamiento de la clase proletaria o triunfo proletario y destrucción de la burguesía). Las corrientes revolucionarias que han aparecido, como reacción a la política desviada de las organizaciones que se han visto corrompidas por el oportunismo, han tenido como primer objetivo aclarar, negro sobre blanco, la naturaleza de la lucha de clases que atraviesa de la totalidad de la sociedad capitalista, el papel que la clase proletaria juega en esta lucha y la exigencia de que dicha clase emplee sus armas en la lucha revolucionaria para aniquilar a la burguesía. Así sucedió con la corriente bolchevique en 1902, organizada sobre el combate por la estricta definición revolucionaria del partido de clase en sus aspectos políticos, organizativos y tácticos (¿Qué Hacer?). Así sucedió también con la corriente de la Izquierda Comunista de Italia que luchó por la intransigencia teórica y práctica tanto dentro del Partido Socialista como del Partido Comunista. La valoración de los aspectos coyunturales de la lucha de clase descendiendo directamente de la impostación teórica, de la defensa de los principios frente a cualquier variación en estos con el pretexto de «ponerlos al día» o «adaptarse a las circunstancias» y corrientes como la bolchevique o la Izquierda comunista de Italia han colocado como su primera exigencia que esta valoración descienda desde el plano doctrinal al llamado «contingente» y no al revés. Por su parte, la llamada «izquierda socialista» (con Santiago Carrillo a la cabeza) operó en sentido inverso. Ante una situación de fortísima tensión social «radicalizaron» sus planteamientos, como si el problema tratase de que una nueva realidad exigía una nueva doctrina. Es decir, como si el reformismo del PSOE previo a 1933 y toda su política de rechazo del marxismo (del Informe Vera a la colaboración con la dictadura de 1923

pasando por la alianza con los republicanos) fuese exactamente igual de válido para la lucha revolucionaria que el maximalismo que en ese momento enarbolaron. Realmente, el tránsito de las consignas republicanas a su vergonzosa reivindicación de la dictadura del proletariado escondía el hecho de que los jóvenes izquierdistas del PSOE no veían ninguna diferencia entre ambas cosas ser que el proletariado ya no aceptaba la primera.

Por su parte las corrientes «revolucionarias» que aparecieron en CNT como rechazo de la postura conciliadora de Pestaña o Peirats no pueden ni siquiera ser consideradas como una tendencia renovadora dentro del sindicato: se encuadran en el confucionismo libertario que un día llama a la insurrección en tal o cual pueblo de tal o cual provincia y al día siguiente negocia con el gobierno acuerdos salariales. Lo cierto es que por cada vez que CNT ha proclamado su apoliticismo se cuenta otra en que ha colaborado con el Estado o con los partidos de la burguesía y la política de la llamada «gimnasia revolucionaria», consistente en intentar imponer localmente el comunismo libertario mediante audaces golpes de mano, precede sin solución de continuidad a la aceptación del gobierno republicano como aliado en la lucha contra la derecha. Por lo tanto, si el impulso revolucionario de los obreros de CNT llevó la lucha de clase en España a sus cotas más altas, este es un hecho que en ninguna medida es posible atribuir a una política revolucionaria coherente

(*sigue en pág. 12*)

suscríbíos

**¡SOSTENED
Y DIFUNDID
LA PRENSA
DEL PARTIDO!**

Correspondencia

**Apdo. Correos 27023,
28080 Madrid**

**Email:
elprogramacomunista@pcint.org**

A 80 años de la insurrección proletaria de 1934

(viene de pág. 11)

entre los líderes del anarcosindicalismo como García Oliver, Durruti o Montseny. 1934 dará la prueba fehaciente de este hecho.

De octubre a octubre.

Este no es lugar para glosar los acontecimientos que desencadenaron la lucha de octubre de 1934 en Asturias, ni tampoco el desarrollo de la misma. En última instancia hasta los hechos más pequeños de una lucha insurreccional vienen determinados por los factores políticos que expresan el antagonismo entre las clases. Por lo tanto, no se trata tanto de conocer el hecho de que los mineros de Asturias pudieron tomar la fábrica de armas de Trubia haciéndose con una buena cantidad de proyectiles... sin espoleta. Se trata de entender porque el proletariado pudo lanzarse a la lucha sin la certeza de poseer un plan, una organización y unas expectativas razonables de triunfo.

En 1917, a poco tiempo del triunfo de la Revolución de Octubre, Lenin escribió El marxismo y la insurrección. En este texto, que constituye el punto culminante de una lucha política de más de una década, se restaura, de la manera excepcional que las circunstancias exigían, la doctrina marxista sobre la lucha insurreccional, es decir, sobre la lucha armada del proletariado contra el Estado burgués. Allí se dice:

«La insurrección, para poder triunfar, no debe apoyarse en una conjura, en un partido, sino en la clase de vanguardia. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el entusiasmo revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, debe apoyarse en el momento crítico de la historia de la creciente revolución en que sea mayor la actividad de la vanguardia del pueblo, en que sean mayores las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, inconsecuentes e indecisos de la revolución» (Lenin, Entre dos revoluciones, artículos y discursos de 1917. Editorial Progreso, Moscú, 1978). Examinando detenidamente cada una de las condiciones para el triunfo de la insurrección que afirma Lenin se puede

comprobar cuán lejos de una perspectiva de éxito se encontró aquella de 1934. Se debe tener en cuenta, en primer lugar, que cuando se afirma que la insurrección «no debe apoyarse en una conjura, en un partido» Lenin no pretende de ninguna manera decir que no sea el partido comunista (y sólo él) quien deba preparar, organizar, dirigir y finalmente ejecutar la insurrección, sino que éste, en la medida en que no constituye (y así debe ser) sino una minoría de la clase proletaria, no dispondrá de las fuerzas necesarias para triunfar si no se apoya directamente sobre los intereses históricos del conjunto de la clase. Precisamente es el marxismo quien ajusta las debidas cuentas con el blanquismo, no rechazando la insurrección sino sustentándola sobre las bases materiales correctas.

En 1934 la insurrección no contó con estas bases. Esencialmente porque su objetivo era únicamente el de cerrar las puertas del gobierno de la República a la derecha burguesa (representada por la Confederación de Derechas Autónomas de España de Gil Robles) que era presentada, de manera completamente equivocada, como arquetipo de la reacción fascista. Es decir, el objetivo de una insurrección en la que el proletariado luchó y murió no era tan siquiera la toma del poder, sino permitir gobernar de nuevo a los partidos de la izquierda burguesa que lo habían hecho hasta 1933. En 1917 los bolcheviques, apoyados sobre la fuerza que constituía el proletariado organizado en los sóviets, dirigieron la insurrección que instauraría la dictadura del proletariado como gobierno de la clase proletaria contra la clase burguesa. En 1934, el PSOE, el PCE y la federación de la CNT que les apoyó lucharon por un cambio de gobierno, por un cambio en la dictadura que ejercía la burguesía sobre el proletariado. Si en 1931 se llamó al proletariado a apoyar la lucha por la República, en 1934 se le llamó a verter su sangre por que esta República tuviese un gobierno de izquierdas. El proletariado, en definitiva, no luchó por su dictadura, luchó por la democracia, por ese gran mecanismo político con el que la burguesía hace participar a los obreros en su propia

opresión. Es cierto que las tendencias libertarias afirmaron luchar por el comunismo libertario y que afirmaron haberlo implantado en algunos pueblos y en algunos barrios de Gijón, pero poco significaba esta declaración de intenciones al lado de la fuerza irresistible de los hechos, como poco significó colectivizar algunas fábricas al lado de la potencia del dominio del capital, que se basa en relaciones sociales mucho más importantes que la titularidad jurídica de una unidad productiva.

En segundo lugar, Lenin habla del «entusiasmo revolucionario del pueblo», es decir, de la predisposición favorable a la lucha por parte del proletariado y de las clases susceptibles de ser influenciadas directamente por este en un sentido revolucionario. ¿Existió en 1934 esa predisposición? La respuesta son tres ciudades, Bilbao, Madrid y, sobre todo, Barcelona, los tres grandes centros proletarios del país que ni se levantaron siguiendo a Asturias ni tan siquiera fueron capaces de moverse para frenar la salvaje represión que los generales republicanos Franco y López Ochoa llevaron a cabo contra los proletarios. Las revoluciones no se hacen, se dirigen. No se puede decretar que la tensión social se transforme inmediatamente en lucha revolucionaria abierta, que los proletarios que apenas están saliendo de la borrachera democrática del advenimiento de la República se lancen a las armas de un día para otro. Pero esto no es ninguna novedad: el propio Largo Caballero afirmó, durante los preparativos para la lucha, que estaba completamente convencido de que la insurrección no triunfaría, pero que aun así merecía la pena llevarla a cabo. El que fue llamado Lenin español, conocía perfectamente la escasa disposición a la lucha del proletariado español, pero es que, para él como para su partido, no se trataba de hacer una revolución, sino de reforzar el papel preponderante del PSOE entre los proletarios reafirmando así el dominio de la idea democrática de la lucha y el respeto al Estado burgués. Finalmente, El marxismo y la insurrección plantea la exigencia de que las vacilaciones de la clase enemiga sean las mayores posibles y que lo mismo suceda en las filas de los «amigos débiles». Es decir, que la burguesía flaquee y las clases intermedias entre

ÉBOLA EN ESPAÑA

El día 5 de octubre el gobierno español confirmó que se había detectado un caso de contagio por el virus ébola en España. Se trata de una asistente de enfermería de las que se encargó de tratar al último de los misioneros que fueron repatriados a España desde la costa occidental de África para intentar salvar su vida.

Esta situación ha generado respuestas de lo más variado. Por una parte el gobierno español afirma que el contagio de ébola no es posible en Europa, que se trata de una situación aislada en absoluto peligrosa para la población y que, en cualquier caso, el problema ha partido del mal uso de los medios que el Ministerio de Sanidad puso a disposición de los médicos, enfermeros y demás personal involucrado en el cuidado a los misioneros. Un «fallo en el protocolo de seguridad» para nada achacable a su gestión. Por su parte la oposición, encabezada por el PSOE y con la práctica totalidad de los partidos políticos detrás, afirma lo contrario: se trata de un problema de gestión de los medios técnicos, de un problema de gestión política y de una responsabilidad directa del gobierno del Partido Popular. A esto se añade una versión más escorada hacia la izquierda que afirma que la responsabilidad recae no en la mala gestión sino en la política llevada

durante los últimos años de desmantelamiento de la sanidad pública, que habría llevado a que ahora no se esté en condiciones de responder a la amenaza que el virus plantea. En suma, con el pretexto del contagio de ébola, por otro lado limitado a un solo caso verificado, se desencadena un alarmismo con el cual los partidos burgueses desvían la atención de las graves condiciones de vida y de trabajo que padecen las masas proletarias.

En cualquier caso, detrás de estos argumentos hay una afirmación de fondo que no se plantea abiertamente pero que acompaña a cada uno de ellos como una verdad incuestionable. Para gobierno, oposición y partidos a la izquierda del PSOE, se trata de que en una «sociedad moderna y desarrollada» que cuenta con grandes cotas de progreso alcanzadas, es impensable que se produzca una catástrofe como la que ha tenido lugar, que hasta ahora ha puesto en riesgo la vida de seis personas y que amenaza con crecer exponencialmente... Dicho más llanamente: es inconcebible que el capitalismo (culmen del progreso y la modernidad) permita este tipo de situaciones. Por lo tanto se trataría simplemente, de problemas en el cómo se gestionan estas situaciones. Unos grupos políticos y unos cuerpos técnicos lo han hecho mal (o bien) y deben

marcharse (o quedarse) dejando su puesto a los siguientes. Nada más que un quítate tú para ponerme yo. De que se trata de negligencias y de un sistema sanitario en el cual faltan medidas comunes, no hay duda, y esto lo revela tanto el caso de la enfermera española como el del enfermo nigeriano en los EE.UU. El ébola es una enfermedad tropical grave, pero mucho menos contagiosa que una gripe normal. Si los enfermos son sometidos inmediatamente a tratamientos básicos (rehidratación, alimentación adaptada, ambiente higiénico, etc.) y si tenían buena salud antes del contagio, tienen muchas posibilidades de curarse por sí mismos. Pero en Liberia, en Sierra Leona, en Guinea, donde la pobreza es altísima, la higiene está ausente para una gran parte de la población no sólo rural sino también para aquella amontonada en pocas grandes ciudades, el agua potable es rara como ratos son los hospitales y los médicos, donde ya la malaria, la tuberculosis y el SIDA contribuyen a la alta tasa de mortalidad tanto en adultos como en niños, en estos países donde las estructuras sanitarias son casi inexistentes ¿qué intervención inmediata es posible?

La realidad es tozuda y muestra una y otra vez que el capitalismo, no

(sigue en pág. 16)

¡Abajo la guerra imperialista ...

(viene de la pág. 8)

todo las «majors» norteamericanas Exxon y Chevron, así como a la francesa Total. Entregando armas a los combatientes kurdos (apoyando en los hechos el independentismo kurdo¹) americanos y franceses protegen los intereses de sus grandes empresas petroleras²).

Por otra parte, ni los grandes imperialismos ni los Estados de la región, ven con buenos ojos que un grupo «incontrolable» como ISIS cuestione las fronteras establecidas por la colonización y el reparto imperialista del mundo, sirviéndose de la vieja quimera del nacionalismo árabe, versión Baaz, de una unión entre Siria e Iraq, bajo los nuevos colores del Islam radical.

Recomposición actual del Medio-Oriente

El acuerdo concluido este verano para la eliminación de armas químicas del régimen sirio, bajo la égida de Rusia, marcaba un giro en la política americana; significaba que frente al fracaso de no poder encontrar o poner en pie una fuerza política confiable entre los rebeldes, la caída del régimen El Assad creaba, según la Administración Obama, demasiados riesgos para la estabilidad del orden imperialista regional.

Los rebeldes sirios están divididos en una multitud de grupos armados más o menos autónomos, o más o menos reunidos en «frentes» diversos, siempre según quien les pague: los burgueses locales o de los países vecinos, los diversos imperialismos... Algunos viven de robos, extorsiones o del contrabando. Los países árabes del Golfo en un comienzo financiaron a los grupos más islamistas, mientras que Turquía les acordaba una ayuda, todo bajo supervisión norteamericana. Detrás de las referencias reaccionarias comunes que hacen a la religión y la ley islámica, y apoyándose en el odio suscitado por el sangriento

régimen de Damas, todos estos grupos no defienden sino los intereses de éste o aquél burgués, rivales a veces; por ejemplo ISIS debe su éxito en gran parte al hecho de haber logrado financiarse asegurándose por diversos medios el control de una parte de la producción y del contrabando de petróleo sirio hacia Turquía. Ninguno de estos grupos merece el apoyo de los proletarios, y tan resueltos como el Estado sirio, también son sus enemigos.

Los continuos esfuerzos (tanto en dinero como en armamentos) de los americanos (apoyados por franceses, británicos y otros imperialismos) para reunir algunos de estos grupos en un «Ejército Libre de Siria» y someterlos a su dirección, así como tratar de reclutar entre los políticos sirios en la inmigración una fuerza política «islamista moderada» que goce de un mínimo de credibilidad, han ido de fracaso en fracaso.

(sigue en pág. 15)

Las decenas de bombardeos de los americanos y sus aliados en Siria contra las posiciones de ISIS y también de Al Nosra³, testimonian que el enemigo del imperialismo americano en Siria no es ya el régimen de Bachar El Assad, no obstante ser culpable de muchos más crímenes y masacres que los islamistas: una nueva demostración de que no se trata del destino de la población lo que determina la acción de los imperialistas y burgueses de todos los países.

A través de la inestabilidad presente, que es el fruto tanto de la crisis económica cuanto de feroces rivalidades inter-burguesas, nuevos alineamientos de fuerza se han puesto en marcha en Medio-Oriente: el imperialismo americano ensaya un acercamiento con Irán que hace poco amenazaba con bombardear. Turquía, luego de haber utilizado a ISIS⁴, ahora se prepara para invadir una parte de Siria con el fin de establecer allí una «zona-tampón», Israel que rechaza toda autodeterminación de los palestinos, se declara en favor de la independencia de los kurdos, etc. Debido a sus recursos petroleros, al igual que su posición geo-estratégica, la región es de crucial importancia para el capitalismo mundial; y mientras este subsista aquella estará condenada a ser el teatro de violentos choques de intereses que desemboque fatalmente en guerras, «locales» o más generales, en las que las poblaciones son las víctimas. Además de los muertos y heridos en los combates y bombardeos en estas últimas semanas cientos de miles de personas que huyen de los enfrentamientos han debido dejar su lugar de residencia para ir a refugiarse en Turquía o en otras partes de Iraq; a estos se agregan centenares de miles de refugiados sirios que han encontrado un refugio más que precario en Líbano, Jordania o en otras partes. Inútil decir que la suerte trágica de estos refugiados condenados a la miseria más atroz no preocupa a los burgueses...

¡Solo la guerra de clase puede oponerse a la guerra burguesa!

Los gobiernos llaman a la población en general y a los proletarios en particular a una «unión nacional» en apoyo a la intervención militar en curso, retomando con casi las mismas palabras los viejos discursos utilizados hace un siglo, luego de la Primera Guerra Mundial. Todo el mundo sabe que estas proclamas grandilocuentes de la «*union sacrée*» para defender a la «patria» no servían sino para llamar a los trabajadores a sacrificarse por defender los intereses

sórdidos de «sus» explotadores, de «su» capitalismo nacional. Los revolucionarios bolcheviques denunciarán la mentira de la «defensa de la patria», llamando al «derrotismo revolucionario», tomarán las consignas del socialista alemán Liebknecht: **el verdadero enemigo de los proletarios está en su patria**, es la clase de los capitalistas; es contra ellos que se debe luchar, es al capitalismo al que hay que derrocar por medio de la revolución.

Desde este punto de vista hoy no ha cambiado nada. El enemigo de los proletarios no es un nebuloso «terrorismo» del que hay que protegerse por medio de intervenciones militares y guerras (que, según el Primer ministro británico Cameron, durarán varios años) sobre otros continentes y por medidas represivas en el propio país (por ejemplo la «Patriot Act»); es «su» propia burguesía, «su» propio capitalismo, cien veces más culpables y criminales que todos los «yihadistas» reunidos. Desde su nacimiento, el capitalismo ha puesto al planeta a sangre y fuego, sembrando miseria y destrucción para satisfacer su sed de ganancias, provocando muertes por decenas y decenas de millones en guerras, al mismo tiempo que lleva a cabo sin interrupción una guerra social contra sus proletarios. Hoy les inflige políticas de austeridad, los arroja a la calle y los libra a las brutalidades y crímenes policiales, para tratar de restaurar su salud económica desfalleciente; los llamamientos a la unión nacional para la guerra, no son más que los zarcillos de los llamados a la unión nacional para la guerra económica. Y si el proletariado no logra detenerla antes, el capitalismo hundirá inevitablemente a la humanidad en una tercera guerra mundial, mucho más destructiva que las anteriores, con el fin de superar sus contradicciones internas, que cada vez le cuesta más controlar.

Para pararla, no hay más que una vía, la indicada por el marxismo y por toda la historia del movimiento obrero; la vía de la reanudación de la lucha de clase, de la organización independiente de la clase, de la constitución **del proletariado en clase, es decir, en partido** (*El Manifiesto Comunista*) para dirigir la lucha proletaria hasta la victoria de la revolución comunista mundial y la instauración del poder dictatorial del proletariado, etapa necesaria para erradicar el capitalismo mundial.

Es esta la vía que hay que preparar, comenzando por rechazar toda unión nacional con los capitalistas y su Estado, todo sacrificio por los intereses

de la economía burguesa, toda renuncia a la defensa exclusiva de los intereses proletarios, todo apoyo a las intervenciones militares, toda participación a las campañas de movilización imperialistas, mucho más cuando estas se camuflan detrás de coartadas «humanitarias».

¡Abajo la nueva intervención imperialista en Medio-Oriente! ¡No a la unidad nacional en apoyo al imperialismo! ¡Por la reaparición de la lucha de clase anti-capitalista! ¡Por la revolución comunista internacional!

Partido Comunista Internacional.

5/10/2014

NOTAS:

(1) La política americana ha sido siempre la defensa de la unidad iraquí; es por esto que se oponen a la evacuación del petróleo kurdo a través de un oleoducto turco y a su venta en el mercado mundial. Los intereses turcos son exactamente lo contrario.

(2) Las autoridades francesas justifican su intervención también por el hecho de que está en discusión la negociación de enormes contratos de armamentos con Arabia Saudí. *Uno cree morir por la patria, pero morimos por los vendedores de cañones*, se decía durante la primera guerra mundial...

(3) Grupos rebeldes que han sido no obstante financiados por los americanos han condenado públicamente estos ataques. En cuanto a Al-Nosra, que acusa a ISIS de no combatir realmente al régimen de Damas y de no seguir con suficiente rigor los principios islamistas (!), reivindicaba el hecho de ser retirado de la lista americana de las organizaciones terroristas, es decir de ser reconocido por los Estados Unidos.

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido! ¡Suscríbanse!

- Il comunista -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8FS;
América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;
América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América
Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «Le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

ÉBOLA EN ESPAÑA

(viene de la pág. 15)

obstante todos sus medios técnicos, su racionalísima organización y su sistema de incentivos al progreso, no escapa de sus contradicciones: las inversiones en los países pobres se dan en particular en los sectores más rentables, como los recursos minerales y las materias primas en general, mientras en el resto de los territorios, donde las viejas culturas y los viejos equilibrios han sido destruidos, abunda la más oscura miseria. En el caso del ébola, como en tantos otros, habría un problema de gestión o de buen hacer técnico si existiesen también en estos países las mismas estructuras sanitarias presentes por ejemplo en Europa, pero el problema actual, en realidad, **es al mismo tiempo el desarrollo** y la falta de desarrollo capitalista, desarrollo que, frente al riesgo de epidemia, habría colocado, como la ha hecho en Europa llegado el momento, el problema de la desorganización de la producción obligando a la clase capitalista a tratar de poner remedio a través de medidas de higiene y, sucesivamente, medidas realmente sanitarias. Y por lo tanto sólo es posible comprender esta realidad, comprendida la tragedia en los países pobres del África Occidental en términos de clase.

También un representante de la burguesía, el presidente de la Facultad Británica de Salud Pública, a propósito del ébola ha hecho una declaración crítica muy clara: *«si la epidemia hubiese tenido lugar en Gran Bretaña, se hubiese encontrado un remedio. Hace falta poner el acento sobre la pobreza y sobre las malas condiciones de vida»* (*The Independent*, 3/8/2014) Y, a propósito de la industria farmacéutica, continuaba: *«hace falta denunciar el escándalo del rechazo de la industria farmacéutica a invertir en la investigación para producir las vacunas y los tratamientos, porque según afirman ¡las cifras son demasiado débiles para justificar la inversión!»* Inútil decir que esta crítica ha hecho mucho ruido, dado que una personalidad de este peso ha criticado el capitalismo, pero no podía sino extraer esta conclusión: *«es el fallo moral del capitalismo que actúa en ausencia de cualquier cuadro ético y social»*. Y es que el único cuadro que el capitalismo conoce es exactamente el de las cifras, ¡de las cifras del beneficio!

Toda la realidad del capitalismo puede resumirse en una fórmula: acumular cada vez más capital, supeditar la fuerza de trabajo (el trabajo vivo) al capital (trabajo muerto) vamipirizándola, para

continuar con el ciclo de valorización de este último que permite generar rentas y beneficios. Para el capital, en su desarrollo contradictorio, no existen barreras nacionales, físicas o humanas: todos los recursos están puestos al servicio de sus necesidades de reproducción y el conjunto de la vida humana y natural se dispone de la manera más conveniente a sus exigencias. Es el capital el que ha unificado el mundo, creando mercados y conquistando territorios de los que extraer recursos naturales y en los que colocar sus mercancías, sometiendo todos los rincones del planeta a la feroz ley del beneficio capitalista. Para ello ha organizado socialmente el espacio de manera que esto pudiera realizarse de la manera más rentable posible. Donde hace poco más de siglo y medio sólo había territorio virgen y escasas poblaciones humanas adaptadas al medio en el que vivían, ahora se levantan inmensas ciudades de las que dependen otras tantas zonas periféricas. Millones de personas se hacinan ahora en las regiones donde el capital ha instalado los nódulos que le nutren de su alimento más preciado: el plusvalor.

En el caso de África, grandes centros productivos desde los que también se gestionan los recursos de las áreas más cercanas han surgido en toda la costa occidental del Continente. En esta zona, como por lo demás en el resto del continente, a la historia del colonialismo de los siglos XVII, XVIII y XIX se ha superpuesto la práctica de la dependencia económica de este siglo y el pasado. Senegal, Guinea, Sierra Leona o Liberia, son divisiones políticas impuestas en virtud de la competencia que los diferentes capitales nacionales se han hecho entre sí y en la configuración de sus fronteras no se tuvo en cuenta otra cosa que la rivalidad entre las naciones coloniales que siempre han utilizado estos países como vía para dar salida a sus mercancías, extraer recursos naturales o, simplemente, impedir que el rival pudiese hacer ambas cosas. Los habitantes de las tribus de esta zona fueron primero vendidos como esclavos en el comercio con América y después utilizados como mano de obra barata para la producción. Ahora millones de personas viven masificadas en grandes urbes construidas para mayor gloria del Dios capital en zonas poco aptas para las aglomeraciones humanas. Destruída la vida autóctona y el medio natural ¿qué queda? La muerte.

Hoy, en toda la región costera de África occidental existen tres maneras habituales de morir. La primera es el hambre y la miseria, que condiciona la existencia de una población cuya única razón de ser es servir al capital de mano de obra de bajo precio para la industria y

la minería. La pobreza continua atenaza a la población de la zona, que en pocas décadas ha visto como se colmaba de nuevos proletarios que ser explotados. La segunda es la guerra, prácticamente continua en la zona, realizada por diversos ejércitos siempre al servicio de las potencias imperialistas europeas y americanas que defienden, a través de ellos, el control de las fuentes de materias primas y recursos naturales. Hoy el cobalto, el silicio y el petróleo, materiales de primera necesidad en la industria moderna capitalista, han sustituido parcialmente al oro y los diamantes como objeto de la rapiña capitalista, pero las masas populares y los proletarios de países como Liberia o Sierra Leona continúan siendo utilizados como carne de cañón en los enfrentamientos que desangran estos países.

Finalmente, las epidemias que asolan la región periódicamente (13 brotes de ébola sólo desde 2000, según la Organización Mundial de la Salud) contribuyen definitivamente a convertir la vida de los habitantes de esta región de África en un infierno. Pero mientras que el hambre y la guerra son presentados por los medios de comunicación, las organizaciones pacifistas y los gobiernos como consecuencia de la acción del hombre y atribuidos a la falta de moral, al ansia excesiva de lucro, etc. las enfermedades como el ébola (o el SIDA en Sudáfrica, el virus del Nilo Occidental, etc.) aparecen siempre como algo debido a la naturaleza, como un hecho que siempre ha estado presente y que acompañará a la humanidad hasta el fin de los tiempos. Sin embargo, esta visión no es otra cosa que pura superstición asociada a una sociedad que encuentra los límites materiales a su desarrollo, en lugar de en las fuerzas de la naturaleza, en las contradicciones propias del modo de producción capitalista y que, por lo tanto, enfrenta estas a la vida humana: el imperio de la razón que la burguesía había prometido a la humanidad acaba finalmente por reconciliarse con la ciega fe religiosa a la hora de explicar las consecuencias del modo de producción que la encumbró. Realmente las catástrofes sanitarias que, como el ébola, arrasan los llamados países en vías de desarrollo (y que ahora aparecen en España y en Estados Unidos) son consecuencia directa del desarrollo desigual del capitalismo. Incluso las instituciones médicas supra nacionales, encargadas de gestionar estas catástrofes, reconocen que no se producirían, es decir, que las enfermedades no pasarían del rango de problemas sumamente localizados al de pandemia, si los fenómenos concomitantes al desarrollo del

capitalismo como la urbanización masiva y los asentamientos en lugares insalubres no hubiesen tenido lugar. Concretamente, para el caso del ébola, se supone una correlación estrecha entre la propagación del virus y la masificación humana que aparece debido al aumento exponencial de la urbanización del África Occidental. Las ciudades crecen como resultado de la necesidad del capital de afianzar sus puntos de producción y distribución y este proceso, verdadero ejemplo de qué progreso trae el capitalismo, no se atiende a consideraciones de sanidad, higiene o simple supervivencia humana. El trópico, una de las zonas del mundo menos aptas para la concentración de población humana debido a la altísima variedad de enfermedades que se transmiten perfectamente en un clima cálido y húmedo, se llena de rascacielos. Lo mismo ha sucedido en las regiones costeras bañadas por el Índico y los tsunamis que han segado miles de vidas en los últimos años dan cuenta, como el ébola en África, de la absoluta irracionalidad de un modo de producción que se desarrolla por encima de cualquier impedimento físico, geológico o climatológico.

Bajo el capitalismo los medios técnicos son la causa de la catástrofe y de ninguna manera la solución. Si se invierten miles de millones de euros en productos farmacéuticos para solventar determinadas epidemias es porque cualquier veta rentable es aprovechada para que el capital continúe su ciclo de valorización, sobre todo si lo puede hacer con unos rendimientos tan altos como los que propicia la emergencia creada por las infecciones. Pero existen medicinas porque existen catástrofes y existen catástrofes por el mismo motivo por el que existen medicinas: el hambre de beneficio elevado a único principio rector.

Hasta ahora la Europa Occidental, América del Norte y el resto de las regiones del capitalismo más desarrollado se habían mantenido al margen de las consecuencias de este, que se focalizaban en áreas periféricas subordinadas económicamente a los imperialismos centrales y que eran el escenario tanto de las guerras localizadas por el control de recursos y territorios como de las catástrofes, en absoluto «naturales», que acababan con las vidas de miles de personas. Ciertamente también en los países más avanzados existen epidemias y enfermedades mortales (este mismo mes la legionela, una enfermedad relacionada directamente con la insalubridad de las ciudades, ha acabado con la vida de una decena de personas en Cataluña) pero hasta ahora han aparecido de manera episódica y lo suficientemente

limitada como para que no se sintiesen como un riesgo real, a excepción de casos de gran magnitud como el caso del supuesto aceite de colza en los años '80. Pero de la misma manera que el beneficio del capital tiende a igualarse en todas partes como consecuencia de la competencia (mediante el descenso tendencial de la tasa de ganancia) las condiciones de vida de los proletarios tienden también a equipararse a través del gran mecanismo de igualación que es la extracción de plusvalía: cuando la propia competencia recrudece y reduce el beneficio incluso en las zonas del mundo que habitualmente eran puntos de gran rentabilidad, el precio de la mano de obra (el salario) tiende a igualarse en todos los lugares y las condiciones de existencia de los proletarios en los considerados países desarrollados comienzan a descender. La miseria, base sobre la que aparece cualquier catástrofe, sea sanitaria o de otro tipo, aparece y con ella pueden aparecer también las epidemias. Hoy el ébola ha aparecido por el traslado de los misioneros a España, pero perfectamente podría haber surgido de algún pasajero aéreo.

La crisis capitalista, de la que las medidas tomadas por las instituciones burguesas para salir del mal momento económico no son otra cosa que su reverso, agravará las condiciones de existencia de los proletarios que constituyen la inmensa mayoría de la población de los países capitalistas. Con este agravamiento cualquier enfermedad encontrará un nicho excelente para reproducirse. En 1918 las consecuencias de la devastadora guerra imperialista del '14, de la que ahora se han cumplido cien años, fueron el vehículo perfecto para que la Gripe Española (que realmente nació en EE.UU. y se extendió a través de Francia) arrasase Europa y después el resto del mundo acabando con el 3% de la población mundial. Durante décadas, precisamente durante el periodo de crecimiento y acumulación capitalista que se abrió con el fin de la II Guerra Mundial, la burguesía de todos los países había prometido paz y prosperidad eternas y con ellas el fin de estas epidemias mortales. Pero tan inexorable como el fin de la prosperidad es el renacimiento de la muerte a millares de la población.

Hoy, en España, la epidemia parece que no ha hecho otra cosa que comenzar mientras que los hospitales vacían plantas enteras preparándose para acoger a los infectados de ébola. Nadie sabe cuál será la magnitud de una eventual epidemia. Pero lo que sí puede saberse, lo que el marxismo ha afirmado siempre, es que las bases materiales de cualquier epidemia están creadas por el

mismo capitalismo. La burguesía, a través de su Estado, organiza siempre la respuesta a la enfermedad sacrificando la vida de más proletarios, quizá utilizando a personal de limpieza y de enfermería que está en paro para atender a los pacientes, culminando el chantaje que plantea la miseria: el desempleo o el riesgo de morir por infección. Pero esta respuesta nunca será suficiente y los proletarios, la clase explotada en el capitalismo que sufre todas sus contradicciones en su propia piel, para no convertirse por enésima vez en la víctima preferida de todas las enfermedades deberán luchar en defensa de sus condiciones de vida y de trabajo. Sabemos bien que. Sabemos bien que recurrir al Estado burgués para que solucione un problema del que forma parte como gestor de los intereses del capital, exigir responsabilidades a unos parlamentos que son sólo expresión de estos intereses o pensar que el mismo capitalismo encontrará la solución a las catástrofes que lleva en su ADN, es una actitud puramente reformista y, en general, inconcluyente, porque la acción reformista no escapa en absoluto del cuadro de los intereses capitalistas y, por ello, finalmente, reporta a la situación que ya existe. Pero la lucha en defensa de las condiciones proletarias en los campos en los que sólo el Estado está en condiciones de dar respuestas generales, como en el caso de la sanidad pública, no se puede sino partir de la reivindicación de que el Estado, como en la fábrica el patrón, intervenga para mejorar estas condiciones y como no las mejora por su iniciativa sino sólo bajo la presión de la lucha clasista, los proletarios con esta lucha se dan cuenta de que deben usar la lucha de clase para defender eficazmente sus propios intereses generales y parciales. Es el terreno del cual se desarrolla el movimiento proletario de clase que, como objetivo general e histórico, tiene la lucha revolucionaria contra el capitalismo para que su modo de producción se sustituya por un modo de producción que coloque en el centro la satisfacción de las necesidades del hombre y no de las necesidades del mercado.

La verdadera pandemia moderna es el capitalismo, que hace de la vida humana una herramienta para lograr más beneficio. Sólo acabando con él desaparecerá este mundo de miseria y muerte. Al proletariado, única clase revolucionaria de la sociedad, corresponde la tarea de barrerlo de la faz de la tierra.

**Partido Comunista Internacional
(El Proletario).**

Octubre 2014

¡Abajo la *Union Sacrée* ! ¡Abajo la República burguesa!

¡No a las guerras de religiones, No a la democracia imperialista, Sí a la guerra anti-capitalista!

¡ABAJO LA UNIÓN NACIONAL!

Luego del ataque contra *Charlie Hebdo*, toda la formidable potencia de los media y de la propaganda burguesa se ha puesto en marcha para utilizar la conmoción que ha creado esta sangrienta masacre en provecho de la «unión nacional» y de los «valores de la República». Gobierno, partidos de izquierda, de derecha y extrema-derecha (el Frente Nacional de la familia Le Pen, que fue descartado por los organizadores de la marcha del domingo, llama a manifestarse en provincias), direcciones sindicales y múltiples asociaciones llaman a grandes reuniones unitarias; ricos y pobres, desempleados y capitalistas, obreros y patronos han desfilado este domingo, juntos por la «libertad de expresión» y contra el «terrorismo», secundando a los jefes políticos y autoridades francesas, además de unos cincuenta dignatarios de otros países, alemanes, españoles, ingleses... Cabe destacar la presencia del gobierno turco que ha arrojado a la prisión a decenas de periodistas, que ha reprimido de manera sangrienta a manifestantes kurdos (treinta muertos) y que apoya la acción de grupos jhaidistas en Siria, o la cabeza de mármol del inefable Netanyahu todavía chorreando sangre de sus víctimas gazatíes, etc; una verdadera Santa Alianza imperialista.

El Presidente Obama que se opuso, contrario a su promesa, a cerrar la cárcel de Guantánamo donde sus prisioneros se pudren desde hace años sin derecho a juicio, sometidos a las torturas más sofisticadas, que ha autorizado el asesinato de supuestos «terroristas» en el extranjero (causando la muerte de civiles en bombardeos con drones), que ha organizado una nueva guerra en Iraq y Siria, que justifica la vigilancia omnipresente por los servicios de inteligencia US de las comunicaciones telefónicas y de Internet en todo el mundo, que permanece en silencio frente a los

asesinatos de jóvenes negros perpetrados por la policía de su país, etc., etc., ha afirmado públicamente su «solidaridad» con las víctimas del ataque contra Charlie Hebdo en nombre de los ideales de la «libertad y de ideales que son los nuestros».

¡Pero tales libertades e ideales no tienen nada que ver con los proletarios y oprimidos! Los ideales proletarios son la lucha contra la opresión, la independencia de clase, la liberación de la humanidad del yugo capitalista. Las grandes frases vacías y la compasión tele-dirigida difundidas por los media están al servicio de una operación a gran escala para dirigir al proletariado a apoyar el orden burgués en momentos en que incluso, en Francia como en otros países, muestra cada vez más abiertamente su rostro represivo y opresivo.

¡ABAJO LAS GUERRAS BURGUESAS, VIVA LA GUERRA DE CLASE!

Políticos de todo pelaje han afirmado: «**estamos en guerra**». Esto es una verdad sin reproches. Pero no se trata de operaciones policiales contra un puñado de criminales... Francia forma parte de los Estados imperialistas, los verdaderos terroristas a nivel mundial, que pillan y masacran a los explotados y oprimidos en todo el planeta, que atizan las guerras. Ello sin ir a las épocas de carnicerías todavía recientes de las guerras coloniales o de genocidios africanos, verdaderos «valores» de la República francesa; basta solo referirse a la actualidad más reciente para ver al gobierno Hollande sentirse orgulloso de que la Francia, en 2014, haya sido el segundo país en enrolarse con Estados Unidos en una nueva guerra en Medio Oriente, al mismo tiempo que sus intervenciones militares en África se multiplicaban a ritmo vertiginoso. El ministro de defensa se ufanaba a finales del año pasado que en Sahel, en un año, «cerca de 200 terroristas» habrían sido

«neutralizados» por los soldados galos (quienes, al parecer, no hacen prisioneros...) y más recientemente ha afirmado que una intervención en Libia sería necesaria. Las tradicionales tendencias belicistas de la República francesa regresan furiosamente bajo el gobierno «de izquierda» actual. Pero para continuar su parecer las operaciones militares en defensa de los intereses militares en defensa de los intereses imperialistas del país galo, el gobierno sabe la utilidad que representa la unidad nacional; la *Union Sacrée* fue, en los diversos países, la condición necesaria para hacer estallar la guerra en Europa...

Pero la guerra que llevan a cabo y sin tregua los capitalistas y sus gobiernos en todos los países, es la **guerra social interior contra los proletarios**, aun si esta guerra social – la explotación capitalista – no se traduce habitualmente en enfrentamientos armados (las represiones sangrientas se reservan para los periodos en que el proletariado trata de emanciparse de su esclavitud), sino por accidentes causados por el trabajo intensivo, asesinatos policiales, despidos laborales, precariedad y miseria crecientes.

Por otra parte está el hecho de que después de la crisis de 2008, hoy el capitalismo se ve amenazado con caer en una nueva crisis económica internacional. Lo cual significa inevitablemente la toma de nuevas medidas anti-obreras, de nuevas «reformas» anti-sociales, en otras palabras, una nueva guerra social contra los proletarios, sumado a los ataques sin precedentes del periodo anterior.

Ahora es que se comprende todo el interés que tiene el gobierno y sus burgueses en utilizar los cadáveres de las «víctimas del terrorismo» en nombre de un pretendido interés común por «*la paz y la tranquilidad*», pero con el fin de desviar a los proletarios de la lucha de clase, y encadenarlos a una unión nacional

con sus enemigos de clase. No es paz ni tranquilidad lo que necesitan los proletarios para resistir a los ataques capitalistas, sino del renacimiento de la verdadera lucha, de la **guerra de clase**.

TERRORISMO ISLAMISTA REACCIONARIO

Por su parte, los autores de la masacre y sus inspiradores son igualmente adversarios de la lucha defensiva de los proletarios contra los capitalistas. Al contrario de lo que afirman los medias, estos no luchan contra la «libertad de expresión» (admitida por lo burgueses cuando no molesta) o la «democracia» (sistema de colaboración de clase basado en la mentira de que todo ciudadano es igual a otro); según los ideólogos de Al Qaeda a la cual se reivindicán los terroristas, los proletarios musulmanes no deben vacilar en matar y ser matados no para defender sus intereses de clase, sino para defender al profeta. Rogando por la unión de los creyentes y por la guerra de religiones, ocupando el lugar de la lucha de clase, presentando como blancos, no a los explotadores, sino a aquellos que se oponen a su religión; como todo religioso, en realidad defienden los intereses de las clases dominantes, felices ellas pese a las apariencias de ver el muro de contención representado por la religión contra la lucha proletaria expandirse entre los proletarios que vienen de la inmigración; el **opio** de la religión siempre ha sido utilizado por los explotadores para engañar a los proletarios. Por otra parte los autores intelectuales y materiales que han perpetrado los ataques sabían que su

principal resultado era el de arrojar en la sospecha a toda la población de origen magrebí de reforzar las discriminaciones que de hecho pesan sobre ella y justificar los atropellos policiales del cual son víctimas constantemente, de exacerbar el racismo y la **división entre proletarios** de diferentes orígenes, lo cual es un factor importante en la actual impotencia del proletariado.

¡NO ES LA GUERRA DE RELIGIONES, NI LA PAZ SOCIAL, SINO LA LUCHA DE CLASE, LA VÍA DE SALVACION PARA LOS PROLETARIOS, VENGA DE DONDE VENGAN!

Es por medio de sus representantes políticos y con la presta ayuda de su sirvientes políticos y sindicales que la clase dominante llama a constituir y reforzar la «unión nacional» en torno suyo, mientras que siembra la miseria y la guerra en el entero mundo, que agrava cada vez más las desigualdades y la explotación en las metrópolis, que endurece sin cesar las medidas de vigilancia contra un «enemigo interno» que no es otro que el proletariado.

¡Los proletarios no deben caer en la grosera maniobra política orquestada en nombre de la lucha contra el «terrorismo»! Al contrario, los proletarios deben rechazar toda unión con sus explotadores, rechazar la defensa de la República imperialista y la democracia burguesa - en otras palabras, convalidar al sistema capitalista que los aplasta; infinitamente más criminal y terrorista que todos los jihaidistas es el capitalismo cuyas víctimas se cuentan por decenas de

millones, el cual para superar sus crisis cada vez más graves y continuas, arrojará a la humanidad a una nueva guerra mundial si la revolución comunista internacional no llega a tiempo.

Los burgueses y sus mayordomos esperan que los proletarios permanezcan el mayor tiempo posible sometidos al orden capitalista, empujados en particular por el miedo a la amenaza terrorista islamista o por el miedo a la extrema-derecha tradicional; pero como saben que las bases materiales de dicha sumisión se debilitan continuamente en la medida en que las dificultades económicas empujan al capitalismo a incrementar de más en más su presión sobre la clase obrera, utilizan todas las oportunidades - y las más eficaces son las más sangrientas - para re-alimentar la paralizante unión interclasista.

Si los proletarios quieren romper con su servilismo, si no quieren ser carne de cañón en los enfrentamientos inter-burgueses, o de carne a explotar en la vida cotidiana, no tendrán otra solución que romper con la unidad nacional, hacer añicos de esta, romper la colaboración de clases, retomar la vía de la lucha de revolucionaria de clase; la subversión del capitalismo a fuerza de su revolución, indispensable para poner fin a los horrores innumbrables de este sistema, y por que nazca una nueva sociedad sin clases y sin guerras, sin discriminaciones, una sociedad basada en la real fraternidad común: el comunismo. La unión de los proletarios de todo origen y de toda nacionalidad es la condición primera para resistir a todos los ataques capitalistas, y para recuperar con esta la fuerza para pasar al ataque contra el capitalismo. **¡Los proletarios no tienen nada que perder, sino un mundo a conquistar!**

¡Abajo la unión nacional! ¡Viva la unión de los proletarios en la lucha de clase anticapitalista!

¡Abajo la República burguesa! Viva la revolución comunista mundial!

Partido Comunista Internacional

11/1/2015

Frente a esta propaganda y frente a la invocación del frente único de guerra en nombre de la libertad, al cual se adherirán, entre miles de vende humos pequeño burgueses, los socialistas del tipo II Internacional [...], muchos anarquistas, los variados demócratas sociales beaturroneos y confesionales que van infectando todos los países, el Partido proletario de clase responderá con la más resuelta oposición a la guerra, con la denuncia de sus propagandistas y, donde pueda, con la lucha directa de clase impostada sobre el desarrollo de la vanguardia revolucionaria en todos los países.

La perspectiva de la postguerra en relación a la plataforma del Partido.

Prometeo nº3, 1946

Ferguson, USA: Un episodio de la guerra entre clases

El 9 de agosto, en Ferguson, una pequeña localidad estadounidense de la periferia de Saint Louis, un policía asesinaba de seis disparos a Michael Brown, un joven afroamericano desarmado, de apenas 18 años, que alzaba las manos después de haber cometido el error de no responder a la orden policial de caminar por la acera. Su cadáver estuvo tirado en la calle varias horas, como un perro, sin que sus parientes pudieran al menos acercarse a él.

La indignación de la población frente a este crimen se generaliza y las manifestaciones violentas se repetirán durante una decena de días. Las autoridades locales responderán con un despliegue de policías fuertemente armados, la imposición de un toque de queda y el envío de la Guardia Nacional – cuerpo militar formado por reservistas –, igual que en las revueltas de los años '60.

Los sacerdotes locales o nacionales (Jesse Jackson...), los «*peacekeepers*» – «*guardianes de la paz*» voluntarios (compuesto por miembros del clero, responsables comunitarios, etc.) que colaboran con la policía – y su nuevo jefe, negro (que se había unido a una manifestación pacifista de conmemoración organizada por las iglesias) no lograrán calmar los ánimos. La policía de Ferguson y los *peacekeepers* (que aprobarán el toque de queda) acusarán a «elementos criminales» foráneos de ser responsables de las reacciones violentas de la población; actitud clásica en estos casos, pero desmentida por el hecho de que la centena de manifestantes arrestados eran, en su aplastante mayoría, habitantes de la localidad o de sus alrededores.

Miles de personas asistirán a los funerales de Michael Brown, luego de los cuales un familiar de la víctima llamó a los habitantes a que se inscribieran para las próximas elecciones de noviembre (1), llamado que fue retomado por los *peacekeepers* y demócratas locales; hay que recordar que el porcentaje de participación electoral de la población negra y pobre es muy bajo, justo cuando las elecciones que se avecinan serán decisivas para la administración Obama.

En las semanas siguientes, demócratas, curas de diversas religiones y supuestos «líderes comunitarios» pondrán gran empeño en calmar la cólera irreductible de las masas, organizando manifestaciones pacifistas y acciones de «desobediencia civil», tales como el ridículo «Moral Monday» (lunes moral). Más adelante, el 22 de octubre, la rabia de los jóvenes y de la población estalla de nuevo, seguida de enfrentamientos con la policía, después que «fugas» del informe oficial de la autopsia fueron reveladas, con las que se trata de acreditar la versión oficial del asesinato, según la cual el agente de policía habría disparado para defenderse.

LA ELECCIÓN DE OBAMA NO HA HECHO DESAPARECER EL RACISMO

La elección de un presidente demócrata de piel negra no ha cambiado la situación social

en los Estados Unidos, tampoco ha hecho desaparecer el racismo que es una de sus consecuencias. Ferguson no es lo que se pueda llamar un gueto; pero más de 1/5 de la población, proletaria en su mayoría, vive por debajo del nivel de pobreza, negros en su mayoría. Los burgueses por el contrario son en su mayoría blancos, como los políticos locales y los agentes de policía encargados de que reine el orden; para ellos los negros forman parte integral de las «clases peligrosas», como se les llamaba a los proletarios en el siglo diecinueve, blanco preferido de los atropellos e intimidaciones policiales, elemento importante de la dominación burguesa en la «América Libre».

El drama de Ferguson, en efecto, no es un caso aislado, causado por una policía particularmente feroz y racista (posteriormente varios agentes han sido suspendidos por actos o propósitos racistas); según las estadísticas, en Estados Unidos, un negro es asesinado cada 28 horas (2). Las víctimas de la policía no son todas de origen afroamericano (42% son blancos, 31,8% negros, 19,7% latinos, etc.) (3), aun cuando son los más numerosos en proporción al número total de afroamericanos; pero son todos proletarios en su mayoría. En gran parte de los casos, los agentes del orden salen airosos y, en general, cuando son condenados, sus penas son leves; con ello se demuestra que el carácter brutal de la policía norteamericana forma parte del orden burgués y de la «Justicia» que lo hace respetar. Los Estados Unidos gozan de los porcentajes de encarcelamiento más elevados del mundo (730 prisioneros por cada cien mil habitantes) (4) y, a partir de la edad de 30 años, un hombre negro de cada diez ya ha pasado por la prisión. Desde los años '70, esta tasa de encarcelación se ha incrementado fuertemente (casi diez veces, pasando de 240 mil en 1972 a cerca de 2,3 millones en 2014) y con tendencia a aumentar (5), al mismo tiempo que se endurece el régimen interno de las prisiones. El presupuesto para la construcción de prisiones se ha vuelto más importante que el presupuesto consagrado a la construcción de viviendas sociales; hasta se puede decir que la construcción de prisiones se ha convertido en el principal programa de viviendas de interés social del país. (6)

La prensa ha notado particularmente el acoso policial que reina en Ferguson; este se manifiesta por una avalancha de multas donde los más pobres son los más golpeados (en 2013, 24.500 multas por 21 mil habitantes), y, cuando no son pagadas, pueden llevar directamente a la cárcel. Esta es una de las prácticas utilizadas por las municipalidades de la región para conseguir dinero, cosa que responde perfectamente a los principios de funcionamiento del capitalismo: jarrancar un máximo de plata a los proletarios!

LA MILITARIZACIÓN DE LA POLICÍA ES EL REFLEJO DE LA AGRAVACIÓN DE LAS TENSIONES SOCIALES

A propósito de los eventos ocurridos en Ferguson, las buenas almas demócratas se han alarmado por la militarización de las fuerzas policiales y su «uso excesivo de la fuerza». Luego de las revueltas de Watts, en 1968, en Los Ángeles, fue creada una unidad policial llamada SWAT (Special Weapons and Tactics); al año siguiente se le asignará el combate a muerte contra un grupo de Black Panthers. Desde los años '80 estas unidades especiales de guerra civil han crecido lentamente, acelerando su expansión luego de los atentados de 2001. Estas se encuentran presente en 80% de las ciudades con más de 25.000 habitantes y pasan a la acción más de 50 mil veces al año (contra 3.000 en 1980), un 80% consiste en operaciones normales de policía. Solo en 2011 más de 500 comisarías habían sido equipadas con vehículos blindados iguales a los que han sido utilizados en Ferguson. El informe de la ACLU (American Civil Liberties Union) sobre «*la excesiva (sic) militarización de la policía*» deplora que «*la militarización de la policía norteamericana es manifiesta, tanto en el entrenamiento recibido por sus oficiales que la obliga a adoptar una mentalidad de 'guerrero' y a considerar a la población, a cuyo servicio se supone que están, como enemigos, así como en el hecho de dotarlas de palas mecánicas, granadas aturdidoras y vehículos blindados. Este cambio de cultura ha sido apoyado por la Corte Suprema de los Estados Unidos (...)*» (8).

En absoluto pensamos que haya habido un «cambio de cultura» en la policía estadounidense, como así creen o quieren hacer creer los demócratas. El papel fundamental de la policía, en Estados Unidos y en cualquier parte, no es el de servir o proteger a la población, sino el de servir y proteger a un orden político, económico y social bien preciso – el capitalismo. Demas está decir que la militarización de la policía no es un fenómeno específico a los Estados Unidos.

Cierto es que en ciertos momentos, en ciertas épocas y en ciertos países, la policía presenta un rostro más «humano», muestra estar «cercana a la población» (como por ejemplo el tradicional «bobby» londinense desprovisto de armas), pero siempre estará para actuar y servir a los mismos intereses burgueses. La dominación de la clase burguesa y del modo de producción capitalista descansa en la violencia, incluso cuando esta violencia se encuentra en «estado potencial», es decir, cuando no aparece abiertamente (o solo en los llamados «sucesos») pero se expresa en la ley y en el aparato jurídico y policial necesarios para hacerla respetar.

La «cultura» policial varía en función de las tensiones sociales: hemos visto que las primeras unidades SWAT fueron creadas en los años 60' luego de la serie de revueltas en los barrios negros de la época. Sin duda alguna que las reformas emprendidas, buscando eliminar las formas más intolerables de segregación racial y crear una clase media negra, han hecho bajar la tensión, pero estas no han podido hacer

desaparecer el racismo, el cual está ligado históricamente al desarrollo del capitalismo estadounidense, ni mucho menos las desigualdades sociales engendradas por el capitalismo. Estas no han cesado de profundizarse desde la época de Reagan, y el fenómeno se ha acelerado desde la última crisis. Los burgueses, que están muy al corriente de esta situación, han utilizado el pretexto de la «guerra contra el terrorismo» para implementar medidas de **guerra contra los proletarios**.

Según la OCDE, los Estados Unidos son, después de Chile, el país en que las desigualdades son las más escandalosas (9). Según el economista Thomas Piketty «*la desigualdad de los ingresos en Estados Unidos es probablemente más grande que en cualquier otra sociedad, en cualquier momento de la historia, en cualquier parte del mundo*» (10). La tasa de pobreza es la más elevada de los países capitalistas más desarrollados (17,1% contra 11% en Alemania, 8,3 en Gran Bretaña, 7,1% en Francia, etc.); y, si en cifras absolutas los blancos pobres son más numerosos, en cifras relativas los negros están por encima (11). Los salarios reales del 20% de los trabajadores menos bien pagados, hoy son inferiores al salario que tenían en 1973 (12), y la distancia del ingreso promedio entre blancos y negros (proporcionalmente más numerosos entre los trabajadores mal pagados) la cual se había reducido a lo largo de los años, se acerca a la que existía hace 50 años (13). La tasa de desempleo en los negros es netamente superior a la de los blancos: 12,2% contra 5,6% hasta julio del presente año. En Ferguson, que desde hace una década el número de pobres se ha duplicado, y que desde el estallido de la crisis de 2007 los trabajadores que todavía tienen un empleo han visto sus salarios disminuir de 1/3, esta tasa llega a 26%.

Los demócratas de toda laya lamentan que el uso «excesivo» de la fuerza por parte de la policía ahonde el abismo entre esta y la población, estos proponen diversas medidas para que la policía esté efectivamente al servicio y bajo el control de los ciudadanos, al mismo tiempo que llama a los manifestantes a obedecer a esta policía criminal, buscando desviar la cólera de las masas y de los jóvenes hacia el callejón sin salida electoral; con ello no hacen sino servir al capitalismo cuyo instrumento es la policía.

Pero en Ferguson no pudieron impedir que los manifestantes se enfrentaran a la policía. Hablando de estos demócratas, un joven manifestante declaraba a un periodista: «*Vinieron con sus 'Oh, conservemos la paz. Recemos, marchemos, votemos'. Pero nosotros tenemos unas malditas ganas de alzarnos, hasta obtener lo que deseamos. De presionarlos hasta obtener lo que queremos. De prepararnos para morir si es preciso. (...) De combatir hasta la muerte porque igual nos están matando. (...) Voten por quien voten, opten por un candidato diferente, el sistema no cambiará. Es el sistema mismo que hay que cambiar*» (15).

Los trágicos acontecimientos de Ferguson son un episodio en la **guerra de clase** que en forma permanente la clase dominante lleva a cabo contra los proletarios y masas

explotadas, en Estados Unidos y el mundo entero. Los jóvenes de la ciudad han dado el ejemplo de que era posible responder por la revuelta; de golpe han transformado lo que hubiese podido recordarse como un trágico suceso en una lejana ciudad periférica, en un evento de política nacional. Ello demuestra que los burgueses temen que la inexorable agravación de las tensiones sociales poco a poco conviertan a los Estados Unidos en un barril de pólvora. Los jóvenes manifestantes de Ferguson han comprendido que el camino de la resignación, de las protestas pacíficas y las elecciones no conducen a nada. Son los hechos quienes lo demuestran y que demuestran la necesidad de la revuelta.

Son los hechos también quienes demostrarán la necesidad de la organización de clase y del partido revolucionario para organizar y dirigir la lucha por cambiar el sistema. Cuando los proletarios se convengan, pues, ya no será la hora de las revueltas, sino de la revolución que sonará. Todavía no nos encontramos en esa situación, pero es esa perspectiva la que Ferguson indica.

Partido Comunista Internacional
23 / 10 /2014
www.pcint.org

NOTASAL TEXTO

(1) Después de este llamado, la prensa anunciaba que, en un mes, más de 3 mil personas se habían inscrito en las listas electorales. Pero las cifras verdaderas revelaron que solo se habían inscrito ... 123! Las sirenas democráticas no han logrado convencer a la población proletaria de Ferguson que la solución a sus problemas esta en las urnas y los demócratas de Obama son sus amigos.

(2) cf «Operation Ghetto Storm», www.mxgm.org. Los autores de este informe afirman que la cifra real puede ser de un muerto cada 24 horas, ya que en decenas de otros homicidios no se ha logrado confirmar la responsabilidad de la policía.

(3) cf: http://www.lemonde.fr/les-decodeurs/visuel/2014/08/21/ferguson-produit-d-unelongue-histoire-de-brutalites-policiers_4474169_4355770.html

(4) cf <http://www.hrw.org/fr/world-report-2010/tats-unis>

(5) El incremento del número de personas encarceladas se debe a la creciente agravación de la legislación. En 1995, según una nueva ley aprobada en California («Three Strike Law»), Leandro Andrade fue condenado a 50 años de cárcel por el robo de 9 video-casetes; y abundan estos ejemplos irritantes, incluyendo aquellos donde las condenas pronunciadas van hasta la cadena perpetua (cuyo número ha sido multiplicado por cuatro en veinte años, concerniendo a los negros en un 80%). Este tipo de juicios nada tiene que ver con los principios clásicos de «justicia», según los cuales toda pena debe ser proporcional al delito; se trata pura y simplemente de **aterrorizar** a la población pobre en el cuadro de la «guerra contra el crimen», que forma parte en realidad de la guerra de clases. El aumento del encarcelamiento es una fuente de ganancias para una serie de empresas especializadas en la construcción y gestión de prisiones privadas, etc. (llegando al extremo de casos en que jueces corrompidos han sido groseramente pagados por estas sociedades para enviar un máximo de gente a la prisión!),

pero cuesta caro a las finanzas públicas. Es por eso que recientemente en varios estados se han firmado algunas decisiones de justicia a fin de disminuir el número de personas encarceladas, cosa que, en 2013, había provocado una ligera baja en el porcentaje de encarcelamientos; pero estas decisiones han sido rechazadas por la Corte Suprema, como en California. Ver: <http://www.bjs.gov/content/pub/pdf/jim13st.pdf>

(6) http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/arss_0335-5322_1998_num_124_1_3261

(7) cf «Coupables d'être pauvres», *Le Monde*, 8/10/2014. El primero de octubre, luego de lo ocurrido en Ferguson, el tribunal municipal de St Louis decidió suprimir 220 mil ordenes de arresto por infracciones al código de la circulación...

(8) «War comes home. The Excessive Militarization of American Policing», ACLU, 1/06/2014. www.aclu.org/sites/default/files/assets/jus14-warcomeshome-report-web-rel1.pdf

(9) Según el coeficiente Gini (el índice más utilizado para medir las desigualdades), de los 31 países pertenecientes a la OCDE. cf <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2013/12/19/global-inequality-how-the-u-s-compares/>

(10) <http://scalar.usc.edu/works/growing-apart-a-political-history-of-american-inequality/index>.

(11) La tasa de pobreza es más alta que en los años 70' y, si bien la distancia se ha reducido, esta continua siendo 2 veces más elevada en los negros que en los blancos. En particular para los niños, donde esta tasa más elevada se debe a la poca ayuda social y la precariedad de las medidas sociales en Estados Unidos. Si se deja a un lado esta medidas provenientes del «Estado-Providencia», la tasa de pobreza alcanza fácilmente la de los otros países. cf <http://www.ssc.wisc.edu/~wright/ContemporaryAmericanSociety/Chapter%2012%20-%20Persistent%20poverty%20-%20Norton%20August.pdf>

(12) <http://scalar.usc.edu/works/growing-apart-a-political-history-of-american-inequality/index>

(13) El ingreso promedio de un hogar negro, en 2011, correspondía al 59% del ingreso medio de un hogar blanco, contra 55% en 1967, esta diferencia se ha profundizado a partir de la última recesión. Cf. <http://www.pewsocialtrends.org/2013/08/22/kings-dream-remains-an-elusive-goal-many-americans-see-racial-disparities/4/#chapter-3-demographic-economic-data-by-race>

(14) <http://fortune.com/2014/08/15/ferguson-income-inequality/>

(15) <http://www.truth-out.org/news/item/26043-between-the-peacekeepers-and-the-protesters-in-ferguson> El año pasado, la madre de un joven acribillado de 21 (de 28) balazos por la policía de St. Louis, estando manos arriba, se lamentaba de que no hubieran motines luego de la muerte de su hijo: todas la protestas fueron pacíficas y ordenadas – y no se logró nada.

NÚMERO 50		Septiembre de 2013	
el programa comunista			
ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL			
EN ESTE NÚMERO			
• Presentación			1
• Bajo el mito de la Europa unida se incuban los antagonismos entre las potencias imperialistas y maduran, inevitablemente, inmediatos enfrentamientos que llevan hacia la tercera guerra mundial si la revolución proletaria no lo impide			2
• La «cuestión china» (II)			17
• Amadeo Bordiga - Siguiendo el hilo del tiempo: La doctrina del diablo en el cuerpo			34
• Las dos caras de la revolución cubana			39
• El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (2)			45
<i>Diferencia a la División Central del Partido en Florencia del 30 de abril al 1° de mayo de 1967</i>			
<small> LAQUE BRUNINGE A NUESTRO PARTIDO: la llamada de María Eugenia Lottin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia. La lucha del Oso de los Estados Unidos por la independencia del movimiento comunista, contra la línea de la Internacional Comunista y el Partido Comunista de Italia. La lucha del Oso de los Estados Unidos por la independencia del movimiento comunista, contra la línea de la Internacional Comunista y el Partido Comunista de Italia. La lucha del Oso de los Estados Unidos por la independencia del movimiento comunista, contra la línea de la Internacional Comunista y el Partido Comunista de Italia. </small>			
<small> Precio del ejemplar: Europa: 2 € - E. U. P. 20 Wts. América Latina: USD 1,5 - Canadá y USA: USD 1,5 </small>			

CRIMEN POLICIAL EN SIVENS (FRANCIA)

La muerte del militante ecologista Rémi Fraisse, perpetrada por la policía mediante una granada ofensiva «no letal», arrancándole una parte de la columna vertebral y de la médula espinal, no fue un «uso excesivo de la fuerza» según jura el ministro del interior.

El primer ministro afirmó en el parlamento, bajo los aplausos unánimes de los diputados del PS y de la derecha, que no aceptaría ninguna «acusación contra los policías y gendarmes, que también cuentan con numerosos heridos en sus filas». De esta manera Valls convalidaba el asesinato policial, y en cierta manera la calificaba como una acción legítima en el curso de una batalla: por lo tanto el gobierno se ha endosado la **responsabilidad del asesinato**.

Según el sitio Mediapart, en lo sucedido allí hubo «mentiras de Estado», ya que durante 2 días las autoridades trataron de confundir las pistas e hicieron como si ignoraran lo que había pasado: se hablaba de un «manifestante que apareció muerto». En verdad ya sabían lo que había ocurrido realmente, y que el responsable había sido un gendarme.

No vamos a entrar en discusiones por saber si las granadas ofensivas (según el jefe de los gendarmes, 23 fueron lanzadas esa noche,) fueron utilizadas conforme al reglamento de los gendarmes; según el sindicato policial Sud-Interior «Lanzar una granada ofensiva sobre civiles no es un acto propio de un policía o gendarme. Esto es obra de asesinos. Aquellos que pretendan lo contrario confunden la administración con la mafia» (1). Además, el ministerio que repetía que las granadas ofensivas eran casi inofensivas, al final ha decidido proscribir su utilización...

La muerte de Rémi Fraisse provocó una ola de indignación que pronto se transformó en movimientos espontáneos de huelga y bloqueos en los liceos [institutos en Francia]; y se ha traducido también en la organización de manifestaciones en diversas ciudades en protesta contra la violencia policial.

En respuesta el gobierno prohíbe las manifestaciones en ciertas ciudades (Paris, Toulouse, Rennes...), reprimiéndolas con la brutalidad policial acostumbrada; lo que demuestra una vez más que la violencia de los gendarmes en Sivens no fue un error, dicha violencia está inscrita más bien en una política represiva bien determinada por el gobierno, como hemos visto claramente en otras ocasiones. Hace dos años, más o menos oficialmente, el ministerio del interior se inquietaba por los «riesgos de explosión social» y Valls, que aún no era primer ministro, daba la orden a los servicios de inteligencia de la policía de «anticipar una eventual radicalización de los movimientos sociales. La policía está siendo apostada alrededor de las fábricas» (*L'expansion*, 2/2/2013)

Esta tendencia de fondo no es debida a la particular maldad de este o aquel gobierno, sucede debido a que frente al agravamiento continuo de las tensiones sociales todo gobierno responde con la zanahoria y el palo, en otras palabras, conjugando la represión con concesiones para calmar el descontento. Así, cuando lo otorgado a los proletarios y a las masas en general no es suficiente, la represión deviene inevitablemente indispensable para «garantizar el orden».

El orden burgués está formado por relaciones sociales que descansan en una violencia fundamental: para vivir, aquellos que no poseen nada – los proletarios – se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a una pequeña minoría que posee todo y a la que va a parar el fruto de su trabajo – los capitalistas. Este orden no puede ser impuesto y defendido sino por la violencia, aun cuando esta violencia sea solamente virtual, encarnada en el miedo al gendarme, la sumisión a la ley, es decir, en el respeto al Estado, monstruoso sistema ramificado de violencia concentrada.

Rechazar concretamente, en el terreno, los intereses burgueses, aunque de modo limitado como aquellos ligados a la construcción de una pequeña represa, es violar el orden burgués, por eso sobreviene la más brutal represión.

La muerte de Rémi Fraisse, así como cualquier otra brutalidad policial, vale como advertencia a los proletarios: los hombres políticos burgueses incluso los más demócratas, de derecha o de izquierda, a la hora de defender los intereses capitalistas, no retroceden ante nada. Y si mañana se trata de defender la existencia misma del capitalismo, no vacilarán en utilizar toda la violencia que tengan a su alcance, tal y como ya ha sucedido en la historia contra el proletariado insurrecto, y como sucede todos los días con sus herederos en todos los países.

El proletariado deberá responder, en este terreno, oponiendo la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria de los perros y lobos de la vieja sociedad; con esta victoria vengará todas las innumerables víctimas del capitalismo, el modo de producción más criminal de toda la historia de la humanidad.

Partido Comunista Internacional

14 de noviembre de 2014

www.pcint.org

NOTAS:

(1) <http://www.sudinterieur.fr/2014/11/05/les-forces-de-lordre-ne-sont-pas-faites-pour-tuer-ni-brutaliser-des-manifestants/#more-541>. Este sindicato, en nombre de una posición democrática que le pondría «al servicio de la gente», denuncia un «orientación de clase» en la acción de la policía. Infiltrando la delincuencia específica, en lugar de apostar todo a «una vigilancia sistemática de la población por ahorro presupuestario», la policía podría entonces garantizar «la forma democrática de la república». Es decir, una policía democrática, tal como pregona este sindicato apostando por las delaciones, sería más eficaz para defender el orden burgués...

Orientaciones prácticas de acción sindical II

(Continúa de El Proletario n° 5)

Por la reducción de la jornada de trabajo.

Un objetivo primordial y permanente del movimiento sindical, como lo es la defensa del salario, es la reducción del tiempo de trabajo. Luchando por la jornada de 8 horas es como el movimiento obrero internacional ha librado sus primeras grandes batallas económicas. Desde entonces, las condiciones de explotación y productividad han aumentado en una medida tal que, para compensar el creciente peso que el capitalismo descarga sobre los hombros de la clase obrera, haría falta reducir por lo menos a 4 horas la jornada de trabajo. Pero hoy la ausencia de un movimiento de clase con gran aliento impide proponer un objetivo de este género a escala internacional. Lo que no excluye que, para Europa, se pueda poner la reivindicación de la duración del trabajo bajo esta forma:

- Semana de 35 horas con el máximo salario y dos días de descanso.

- Jornada máxima de 7 horas diarias con el mismo salario.

El alto nivel de industrialización que ha alcanzado el capitalismo contemporáneo no impide que continuamente se batan récords en lo referente a la duración de la jornada de trabajo, en comparación con otros países capitalistas. Si el letargo del movimiento obrero se refleja en esta situación, la misma representa sobre todo la *traición de las perspectivas clasistas* por obra de las direcciones sindicales y políticas que desde hace décadas manejan el movimiento obrero inculcando en él ideas que la burguesía sabe apreciar como garantía de la paz social y del orden, como son las ideas socialpacifistas y socialpatrióticas.

Está claro que, al hablar de las 35 horas, no nos oponemos a las 40 horas. *Las queremos como reivindicación inmediata* y, para obtenerlas, hay que utilizar las armas de clase del movimiento obrero. Y en esto va contenido que hay que librar una lucha sin cuartel contra el oportunismo de los bonzos sindicales y de todos los que aceptan las ideas y las prácticas con el pretexto de que la clase trabajadora no puede y no quiere pedir más.

La reivindicación de la semana de 35 horas va acompañada de aquella de *reducción de los horarios suplementarios para trabajos pesados o insalubres y mayores limitaciones para la jornada de trabajo de los menores de 20 años y las mujeres embarazadas*; además de la reivindicación de *un horario reducido para los trabajos ininterrumpidos y el trabajo continuo*, para de esta manera ir hacia la *supresión completa del trabajo nocturno*.

Allí donde el trabajo se hace sin interrupción es necesario luchar para que *la pausa de la comida, fijada por lo menos en una hora, venga calculada como tiempo de trabajo*, y aún contra los calendarios de reducción

[CONTINUARÁ]

le prolétaire

n° 514

(Décembre 2014 / Février 2015):

- Le capitalisme mondial vers la rechute dans la crise
- La signification anti-prolétarienne de l'Union Nationale
- Notes de lecture. Italie 1919-1920. Les deux années rouges, où comment LO réécrit l'histoire
- Espagne. «Podemos», un réformisme à la recherche de ses parents
- Attaque contre Charlie-Hebdo. A bas l'Union Sacrée! A bas la République bourgeoise! Non aux guerres de religions! Non à la démocratie impérialiste! Oui à la guerre de classe contre le capitalisme !
- Après l'attaque contre Charlie-Hebdo: De quelques tartuffes de l'Union Sacrée anti-terroriste
- Lénine: De l'attitude du parti ouvrier à l'égard de la religion
- Taux de chômage
- Irrésistible endettement

Precio: 1 euro / 4,5 FS / £ 1,5 / 60 DA / 10 DH
/ 500 F CFA - leproletaire@pcint.org

Suplemento Venezuela No 19 al No 50 de «el programa comunista» - Diciembre de 2014 -

- ¡Acosados, reprimidos, traicionados en Guayana, los obreros de Sidor no se amilanan!
- La situación en Venezuela es una “papa caliente” que la oposición no querrá tener en sus manos por nada del mundo
- Trotskistas argentinos y deuda
- Sidor en cifras
- ¿Pero cuál es el enemigo más peligroso del proletariado?
- Las “guarimbas”: 120 días de resistencia anti-comunista contra un gobierno igualmente anti-comunista: busque el error
- Gasolina y proletariado
- Crisis en las filas del chavismo
- Amadeo Bordiga: Capitalismo de Estado (extractos)
- España: Corrupción, desfalco, nepotismo... son consecuencias del capitalismo y sólo desaparecerán cuando este sea borrado de la faz de la tierra por la lucha de clase del proletariado

¡Abajo la guerra imperialista en Irak y Siria!

A comienzos de agosto, el gobierno estadounidense decidía lanzar una «operación humanitaria» limitada en Irak bajo la forma de bombardeos. No sin antes haber realizado una campaña internacional de movilización de la opinión pública con respecto a las minorías yazidíes y cristianas que habrían sido amenazadas de «genocidio», en virtud del avance de los rebeldes islamistas del «Estado Islámico de Irak y el Levante» (mejor conocidos por sus siglas en inglés ISIS). Pero hoy ya nadie habla de yazidíes y cristianos, ahora se trata de la suerte de los kurdos, la que se utiliza para la propaganda bélica; la operación

«humanitaria» se ha transformado en una verdadera guerra, esencialmente aérea por el momento. La fuerza militar de los Estados Unidos es de lejos la principal, efectuando hasta hoy unas 200 bombardeos en Irak, varias decenas en Siria, enviando centenas de soldados acampados en Irak (¡de donde se habían retirado en 2011!); han logrado también crear una amplia coalición internacional: según ellos, unos cuarenta países formarían parte, pero, como no han dado la lista, algunas dudas se crean sobre esta afirmación.

Para el gobierno francés era un honor manifestar de manera ruidosa su

participación en la intervención americana, siendo el segundo país que efectúa bombardeos aéreos en Irak contra ISIS (lo que ha llevado a esta organización, que no posee ningún avión para bombardear a Francia, a hacer un llamado a matar a ciudadanos franceses; en Argelia, a un turista de este país le tocó ser la desgraciada víctima). Los gobiernos canadienses, holandeses, australianos y, un poco más allá, Gran Bretaña, Bélgica y Dinamarca han decidido participar también en la guerra aérea, así como también Jordania, Arabia Saudí, Emiratos Árabes y Qatar.

(sigue en pág. 8)

El programa del partido comunista internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según

planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeñoburguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.